Una ventana abierta al mundo

UNESCO

El Correo

Diciembre 1975 (año XXVIII) Precio : 2,80 francos franceses

LOS CELTAS





Foto © Leonard von Matt, Zurich

TESOROS DEL ARTE MUNDIAL

105

Año Internacional de la Mujer

ITALIA

Bailarina etrusca

Esta página, que a lo largo de 1975 ha estado dedicada al Año Internacional de la Mujer, presenta, como despedida de ese Año, este retrato de dama etrusca pintado hace unos 2.500 años. Se trata probablemente de una bailarina y forma parte de un grupo de actores pintados en los muros de una tumba etrusca descubierta en 1961 en Tarquinia (Italia). A esta «Tumba de los comediantes» se la considera como una de las más importantes entre las 6.000 (más de 60 con pinturas) que desde hace unos 20 años han podido detectarse gracias a las técnicas modernas en la famosa necrópolis etrusca de Tarquinia.

El Correo

DICIEMBRE 1975 AÑO XXVIII

PUBLICADO EN 15 IDIOMAS

Español	Arabe	Hebreo
Inglés	Japonés	Persa
Francés	Italiano	Portugués
Ruso	Hindi	Neerlandés
Alemán	Tamul	Turco

Publicación mensual de la U N E S C O (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura)

Venta y distribución
Unesco, Place de Fontenoy, 75700 París

Tarifa de suscripción anual : 28 francos
Tapas para 11 números : 24 francos

Los artículos y fotografías de este número que llevan el signo © (copyright) no pueden ser reproducidos. Todos los demás textos e ilustraciones pueden reproducirse, siempre que se mencione su origen de la siguiente manera : "De EL CORREO DE LA UNESCO", y se agregue su fecha de publicación. Al reproducirse los artículos y las fotos deberá hacerse constar el nombre del autor. En lo que respecta a las fotografías reproducibles, serán facilitadas por la Redacción siempre que el director de otra publicación las solicite por escrito. Una vez utilizados estos materiales, deberán enviarse a la Redacción tres ejemplares del periódico o revista que los publique. Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores y no representan forzosamente el punto de vista de la Unesco o de la Redacción de la revista.

Redacción y Administración
Unesco, Place de Fontenoy, 75700 París

Director y Jefe de Redacción
Sandy Koffler

Subjefes de Redacción
René Caloz
Olga Rödel

Redactores Principales
Español : Francisco Fernández-Santos
Francés : Jane Albert Hesse
Inglés : Ronald Fenton
Ruso : Georgi Stetsenko
Alemán : Werner Merkli (Berna)
Arabe : Abdel Moneim El Sawi (El Cairo)
Japonés : Kazuo Akao (Tokio)
Italiano : Maria Remiddi (Roma)
Hindi : N. K. Sundaram (Delhi)
Tamul : M. Mohammed Mustafa (Madrás)
Hebreo : Alexander Broido (Tel Aviv)
Persa : Fereydun Ardalan (Teherán)
Portugués : Benedicto Silva (Río de Janeiro)
Neerlandés : Paul Morren (Amberes)
Turco : Mefra Telci (Estambul)

Redactores
Español : Jorge Enrique Adoum
Francés : Philippe Ouannès
Inglés : Roy Malkin

Ilustración : Anne-Marie Maillard

Documentación : Christiane Boucher

Composición gráfica
Robert Jacquemin

La correspondencia debe dirigirse al Director de la revista

Página

4 **LOS CELTAS**
Fuerza y esplendor de la más antigua comunidad europea de pueblos
por Paul-Marie Duval

6 **¿QUIENES ERAN Y COMO VIVIAN LOS CELTAS?**
por Anne Ross

16 **LAS LENGUAS CELTICAS, AYER Y HOY**

18 **EL TRIPLE ROSTRO DE LA MUJER CELTA**
por Jean Markale

23 **UNA FABULOSA IMAGINERIA DE METAL**
Ocho páginas en color

32 **UN ARTE ENTRE LO REAL Y LO FANTASTICO**
por René Joffroy

35 **CANTARA CELTA PARA VINO GRIEGO**
Fotos

36 **JOYAS DE SUEÑO**
Fotos

38 **LAS MIL Y UNA CARAS DEL ARTE DE ACUÑAR MONEDAS**
Fotos

41 **LA EUROPA ORIENTAL DESCUBRE SU PASADO CELTA**

42 **LA LEYENDA DE LOS CELTAS EN UN CALDERO DE PLATA**
Fotos

44 **LAS CIUDADES QUE COMBATIO JULIO CESAR**
por Wolfgang Dehn

49 **LOS LECTORES NOS ESCRIBEN**

50 **LATITUDES Y LONGITUDES**

51 **INDICE DE « EL CORREO DE LA UNESCO » DE 1975**

2 **TESOROS DEL ARTE MUNDIAL**
Año Internacional de la Mujer
Bailarina etrusca (Italia)



Foto © J.V.S. Megaw, Leicester, Reino Unido

Nuestra portada

Este número de El Correo de la Unesco está integramente dedicado al arte y a la civilización de los pueblos celtas que en el primer milenio antes de nuestra era se establecieron en gran parte de Europa, desde el Danubio hasta Irlanda. Gracias al desarrollo de las técnicas científicas se va descubriendo poco a poco la historia de esos pueblos y descifrando los enigmas que encierran gran parte de sus obras de arte; ello nos permite percatarnos de la originalidad de la civilización céltica y del valor extraordinario del patrimonio artístico que legó a la humanidad. En la portada, una magnífica figura de bronce que adornaba un cubo de madera. Data probablemente del siglo I antes de Cristo y fue encontrada en una tumba de Aylesford, Condado de Kent (Reino Unido). El artista que la realizó en las Islas Británicas debió de aprender su oficio en algún lugar de la Galia.

Nº 12 - 1975 MC 75-3-315

11 DEC. 1975

UNESCO ARCHIVES

Esta escultura de piedra, descubierta cerca de Praga, en Checoslovaquia, es obra de un artista celta que la esculpió unos 150 años antes de nuestra era. Se trata sin duda de una cabeza de hombre, pero no es un retrato sino una representación sobremanera estilizada: ojos saltones y muy juntos, cejas y bigote en forma de volutas, motivo ornamental típicamente céltico.

LOS CELTAS

por Paul-Marie Duval



Museo Nacional de Praga

Foto © Erich Lessing-Magnum, Paris

fuerza y esplendor de la más antigua comunidad europea de pueblos

EN la historia de Europa pueden distinguirse dos periodos célticos: el de los antiguos celtas de la Segunda Edad del Hierro, contemporáneos de la Grecia clásica, de los reinos alejandrinos y del imperio romano que poco a poco los relegó a las islas británicas donde conservaron sus creencias paganas hasta el siglo V de nuestra era, y el de los celtas cristianos, descendientes de los anteriores, de Irlanda, Escocia y Gales. Una parte de ellos volvieron a Armórica (es decir la Bretaña romanizada) a partir del siglo V y crearon una brillante cultura literaria que iba a dejar su impronta en toda la Edad Media occidental, gracias a las misiones realizadas por monjes irlandeses hasta el corazón del continente europeo.

Se trata, en ambos casos, de pueblos de la Europa interior e insular, considerados por los mediterráneos como bárbaros al igual que los iberos de España, los germánicos, los escitas de la estepa, los dacios de los Cárpatos y los tracios de los Balcanes.

¿Cuál era la fuerza de los antiguos celtas? Una buena metalurgia del hierro, aptitudes extraordinarias de asimilación en el plano técnico y cultural, y un dinamismo demográfico y militar que les permitió emigrar, desde las regiones que se encuentran entre el Rin y el Vltava (o Moldau, río de Checoslovaquia que pasa por Praga y desemboca en el Elba) y que al parecer eran su cuna, hacia el Atlántico, el Mediterráneo, el Adriático, el mar Negro, y llegar incluso hasta el Asia Menor donde fundaron Galacia. Y, con todo, no conocían la escritura.

En cuanto a los celtas cristianos, su vigor tenía varias causas, como ocupar grandes islas donde los romanos no se habían apoderado de todo, recoger por escrito el patrimonio de una literatura oral de un valor comparable al de las epopeyas homéricas, intensificar allí donde habitaban el carácter propio de su civilización, cultivar y difundir una fe ardiente de la que dan muestras los ermitaños que rivalizaban con los de los «desiertos» orientales, mantener tenazmente un grupo de lenguas y de tradiciones que se conservan vivas hasta hoy. Se les debe nada menos que la primera gran literatura europea no latina: las epopeyas o sagas irlandesas y galesas en lo que se refiere a la época pagana, y en la Edad Media las leyendas del rey Arturo y del Santo Grial, así como sus prolongaciones, las novelas bretonas, el personaje de Tristán, los layes de María de Francia...

Hubo pues en Europa, aun antes de los imperios romano, bizantino, germánico y eslavo, unas costumbres y una lengua célticas que se extendían desde Irlanda hasta Silesia. Sin embargo, los celtas antiguos no constituyeron una nación ni fundaron un Estado o un imperio que hubiera podido resistir a la conquista romana o a la germánica. Su régimen era el de la tribu, del principado, de la hegemonía y de la federación de «clientelas» (o sea la adhesión de personas o de grupos pertenecientes a otras tribus).

Hubo así varios países celtas cuya división entrañó, a la larga, su desaparición: la Alemania central y Bohemia, la Galia oriental y luego la central y occidental, gran parte de España donde se formó el pueblo celtíbero, la Italia septentrional tempranamente conquistada por los romanos, las regiones del Danubio (de Austria a Yugoslavia) cuya densidad de población celta era cada vez menor hacia el este, Gran Bretaña e Irlanda donde fueron a parar y arraigaron las migraciones del continente; en fin, los rastros dejados por las bandas «galas» en Bulgaria, Grecia y el Asia Menor, y los objetos —si no los hombres— que llegaron hasta Silesia, Polonia meridional y Ucrania. Todo había terminado antes de que comenzara la era cristiana, excepto en las islas atlánticas.

Los autores griegos y latinos hablan de los celtas como de adversarios: ¿no ocuparon aquellos bárbaros Roma a comienzos del siglo IV antes de nuestra era y no saquearon el santuario de Delfos un siglo más tarde? Los celtas se mostraban, en efecto, muy sensibles al incentivo del botín y a los vinos del Mediodía, valientes y orgullosos pero inestables y versátiles. En realidad, la Galia estaba constituida por un conjunto poderoso de poblaciones que César sólo pudo someter tras diez años de campaña. La Italia septentrional recibió el nombre de «Galia Cisalpina» antes de convertirse en romana. Irlanda jamás vio legionarios romanos hollar su suelo, y los intentos de implantación de los romanos en Escocia no tuvieron éxito.

Debemos pues revisar el juicio que sobre los celtas antiguos y particularmente sobre los galos emitieron sus contemporáneos mediterráneos. Y sólo la lingüística y la arqueología pueden ofrecernos ayuda en esta empresa de rehabilitación histórica que viene realizándose lentamente desde el siglo XIX.

La unidad céltica, que ahora podemos reconocer en territorios tan vastos como diversos, se nos manifiesta de manera diversa. En primer lugar, existía una lengua común a todos, con diferencias dialectales, que conocemos gracias a las inscripciones galas, a algunas citas en las obras de los autores griegos y latinos y a nombres de lugares dispersos por toda Europa; Londres, York, Dublín, París, Lyon, Leyden, Tongres, Bonn, Viena, Ginebra, Zurich, Bolonia, Milán y Coimbra son vocablos célticos, igual que Singidunum (Belgrado) y Boihaemum (Bohemia). Así han llegado a conocerse centenares y miles de palabras pero sólo sa han descifrado algunas de ellas mediante comparaciones con las formas antiguas del irlandés, del galés o del bretón y por su correspondencia con las lenguas muertas indoeuropeas más cercanas a nosotros, como el latín y el germánico.

Afortunadamente, la literatura céltica medieval nos proporciona un material lingüístico sumamente rico. En ella se advierte también una predilección por lo sobrenatural, una poesía hecha de ensueño y de fantasía, una atmósfera de encantamiento, un rechazo del realismo que se opone radicalmente al clasicismo mediterráneo. Estas tendencias confirman a posteriori la existencia de un espíritu común a los celtas de todos los tiempos. En efecto, hoy podemos descubrir expresiones estéticas de esa mentalidad en el arte sutil y refinado de los celtas antiguos: armas decoradas, ornamentos preciosos, cerámicas, esculturas, objetos de cristal y monedas, sumamente originales y de un estilo singularmente «moderno».

Ese arte céltico recibe generalmente el nombre de arte de La Tène, localidad suiza junto al lago de Neuchâtel; a causa de los importantes descubrimientos arqueológicos que allí se hicieron se dio ese nombre a la Segunda Edad del Hierro europea. Se trata de un arte gráfico y plástico, basado principalmente en combinaciones de líneas curvas, con motivos vegetales tomados de las decoraciones grecolatinas y con estilizaciones figurativas imaginarias, que se perpetuarán en las iluminaciones de los manuscritos irlandeses ▶

PAUL-MARIE DUVAL, *miembro del Insittut de France, es profesor de arqueología e historia de la Galia del Collège de France y director de la revista* Gallia - Fouilles et monuments archéologiques en France métropolitaine *que publica el Centro Nacional de Investigaciones Científicas. Ha dirigido numerosas excavaciones arqueológicas en Francia y en el Magreb. Es autor de* La vie quotidienne en Gaule *(Ediciones Hachette, París) y de* Paris antique *(Ediciones Hermann, París). Actualmente prepara una obra sobre el arte de los celtas en toda Europa, que aparecerá próximamente en la colección " L'Univers des Formes " (Gallimard) que dirige André Malraux.*

y británicos, en las cruces y las estelas esculpidas de Irlanda e incluso en algunas creaciones del arte romano.

En esta esfera cultural por excelencia volvemos a encontrar la unidad y continuidad de los celtas. La audacia del dibujo en ciertas monedas galas demuestra ya una capacidad de abstracción que va a repetirse, de tiempo en tiempo, en el arte europeo hasta nuestros días.

Existe pues un arte de La Tène que no se asemeja a ningún otro de la Antigüedad. Se trata de un arte sumamente refinado, particularmente en la forma de los objetos pequeños, que rompe la simetría de los modelos clásicos con una libertad de invención en la que se refleja la independencia de espíritu de los celtas, siempre prontos a reaccionar contra cualquier convencionalismo. Pero es al mismo tiempo un arte riguroso en sus combinaciones de líneas curvas y de doble curvatura, a menudo trazadas con ayuda de un compás. Y en la magia de sus objetos de arte y de sus decoraciones predominan la abstracción y la creación de seres imaginarios.

Igualmente original es el politeísmo céltico formado por dioses de la naturaleza: fuerzas cósmicas, ríos, montañas, animales; divinidades monstruosas: dioses con tres rostros, la serpiente con cabeza de carnero, el dios con cuernos de ciervo, genios o demonios pequeños a los que cabría calificar de duendes o duendecillos; diosas colectivas, a menudo anónimas (las «Madres», que anuncian ya la concepción de las Hadas), y una gran cantidad de dioses locales. En cambio, el Señor del Trueno está presente de un extremo a otro del mundo céltico.

Estas divinidades arcaicas se asimilaron a algunas divinidades romanas y en Irlanda a los santos del cristianismo: continuidad profunda, ésta de las creencias más caras al ser humano.

Continuidad también en los lugares escogidos por los celtas, muchos de los cuales están habitados actualmente, como la mayoría de las ciudades francesas, que son de origen galo. Con pequeños desplazamientos topográficos, e incluso sin ellos, han conservado su importancia desde sus orígenes. Tal es el caso de Lutecia, que construida en una isla del Sena hacia el siglo III antes de nuestra era por el pueblo céltico de los parisios y luego reconstruida en la época galorromana, volvió a tomar durante el Bajo Imperio el nombre de su tribu, transformado en «París». Del *oppidum* céltico a la ciudad romana y a la urbe moderna, la evolución es a menudo continua.

Los pueblos europeos, ya sean ibéricos, latinos, germánicos o anglosajones, húngaros o eslavos, tienen en su formación, a veces sin saberlo, un elemento étnico y cultural céltico que acaso constituya, entre las fuerzas del pasado que la ciencia nos revela, uno de los vínculos de un parentesco que va redescubriéndose poco a poco.

Paul-Marie Duval

¿QUIENES ERAN Y

por Anne Ross

Soy el viento en el mar,
Soy una ola en el océano,
Soy el bramido del mar,
Soy un poderoso buey,
Soy el halcón en lo alto de la peña,
Soy una gota de rocío al sol,
Soy un jabalí por el valor,
Soy un salmón en el agua cristalina,
Soy un lago en la llanura,
Soy la lanza victoriosa que combate,
Soy un hombre que prepara fuego para una [cabeza.

Así cantaba Amergin, poeta de la primitiva tradición irlandesa, cuando los invasores goideles arrebataron las tierras de Irlanda a sus divinos adversarios, los *Tuatha De Danaan,* el pueblo de la diosa Danu.

Buey, halcón, jabalí, salmón, sagrado mar, mágicas armas, veneradas cabezas degolladas: tales eran los ingredientes esenciales de la religión y la mitología de los celtas paganos, que formaban parte integrante de su vida diaria y que tanto contribuyeron a hermanar a unas tribus geográficamente muy dispersas y étnicamente muy variadas.

Esos versos nos muestran, además, otra creencia fundamental, característica de sus cultos paganos: la creencia en la supervivencia del alma después de la muerte y su reencarnación en formas humanas, animales o inanimadas. Otras muchas fuentes célticas confirman

SIGUE EN LA PAG. 8

ANNE ROSS, *arqueóloga y escritora británica, goza de autoridad mundial en cuestiones de historia y civilización de los celtas. Ha dado cursos en las universidades de Edimburgo y de Southampton. Actualmente se consagra con exclusividad a escribir libros y realizar investigaciones acerca de la prehistoria y la historia célticas y otras cuestiones conexas. Es autora de* Pagan Celtic Britain *(Londres, 1967) y* Everyday Life of Pagan Celts *(Londres, 1970). Prepara otros varios libros sobre el pasado y el presente del mundo celta.*

COMO VIVIAN LOS CELTAS?

Entre los celtas, la figura del gallo aparece frecuentemente en las monedas y en los pendones guerreros o como motivo ornamental en los utensilios domésticos. El que aquí reproducimos —magnífica síntesis plástica, con la cresta abierta como un abanico y la cola que semeja una hoz— está recortado en una lámina de bronce y corona la tapadera de un recipiente cuya forma recuerda la de una sopera. Fue encontrado en Bussy-le-Château, en el oeste de Francia.

Musée des Antiquités Nationales, Saint-Germain-en-Laye, Francia

Foto © Belzeaux - Zodiaque



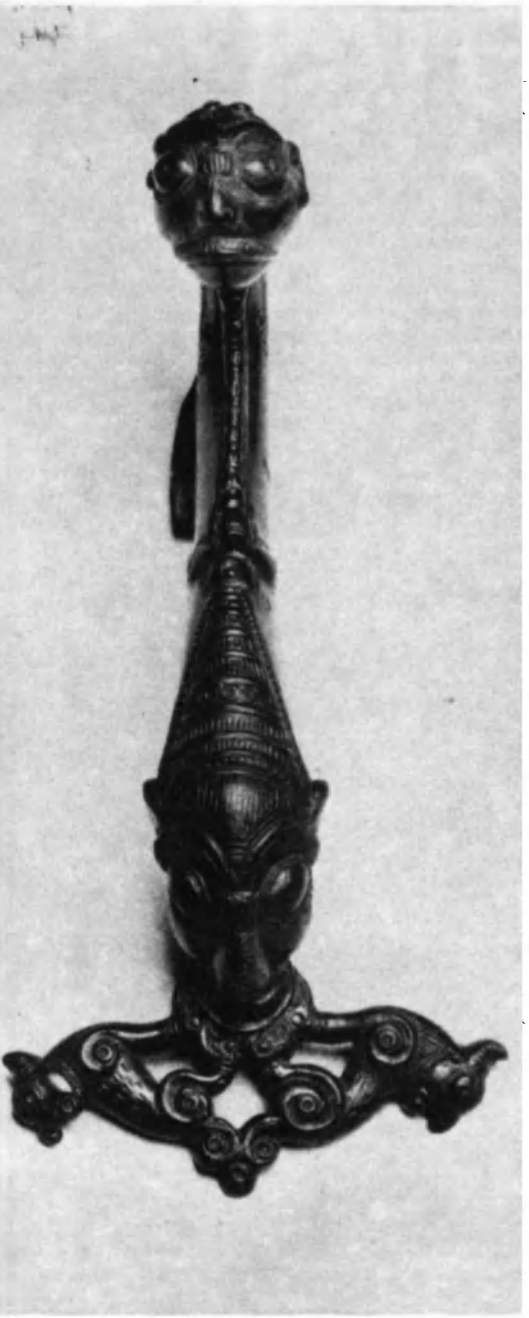


Foto © Germanisches Nationalmuseum, Nuremberg

Los rostros estilizados que adornan este broche céltico, de hace unos 2.400 años, parecen mirarnos fijamente. El de arriba, con su gruesa nariz cuyas ventanas están representadas por puntos, igual que los ojos, es un magnífico ejemplo del sentido de lo grotesco propio del arte celta. El de abajo, coronado por una palmeta, es una versión céltica del sátiro clásico. El broche fue descubierto en una tumba de Baviera.

que esa creencia era común a todos, los pueblos celtas.

Uno de los primeros poetas galeses conocidos, que debió de vivir en el siglo VI o el VII, Taliesin, nacido de la diosa Ceridwen, compone un poema similar, que se refiere a una larga serie de reencarnaciones:

Una vez más transformado,
he sido salmón azul,
he sido perro y ciervo,
he sido corzo en la montaña,
he sido tronco y azada,
he sido taladro en la fragua,
durante año y medio
fui un gallo blanco moteado,
ganoso de gallinas.

La tradición de la reencarnación del alma en forma de animal o de insecto subsistía todavía en nuestro siglo en el folklore céltico. La gente creía firmemente que se podía ver al espíritu cuando abandonaba el cuerpo en forma de una mariposa o de un pequeño insecto, o de un pájaro que revoloteaba cerca del moribundo o en la ventana de su cuarto.

Los escritos clásicos, griegos y romanos, respaldan esos textos literarios y las modernas creencias populares: todo parece indicar que se creía fervientemente en la supervivencia después de la muerte, espiritual e incluso física, en la reencarnación en este mundo, con una sólida presencia en el otro. No era el triste y sombrío mundo subterráneo de los mediterráneos sino un lugar que superaba al mundo terrenal en todos los placeres más codiciados por los celtas paganos: las peleas, los banquetes, la caza, las carreras de caballos, la bebida, la captura de ganado, las historias contadas de viva voz, el amor con mujeres superlativamente bellas, el goce de los sencillos placeres de la naturaleza.

Hoy podemos preguntarnos: «¿Quiénes *eran* los celtas?» «¿De qué fuentes de información disponemos sobre ellos?» «¿Cuáles son los elementos singulares de su psique que hicieron de ellos un pueblo original de la antigüedad y que les han mantenido intactos hasta hoy en el baluarte occidental de las Islas Británicas y en Bretaña, la *Armorica* de la época de César?»

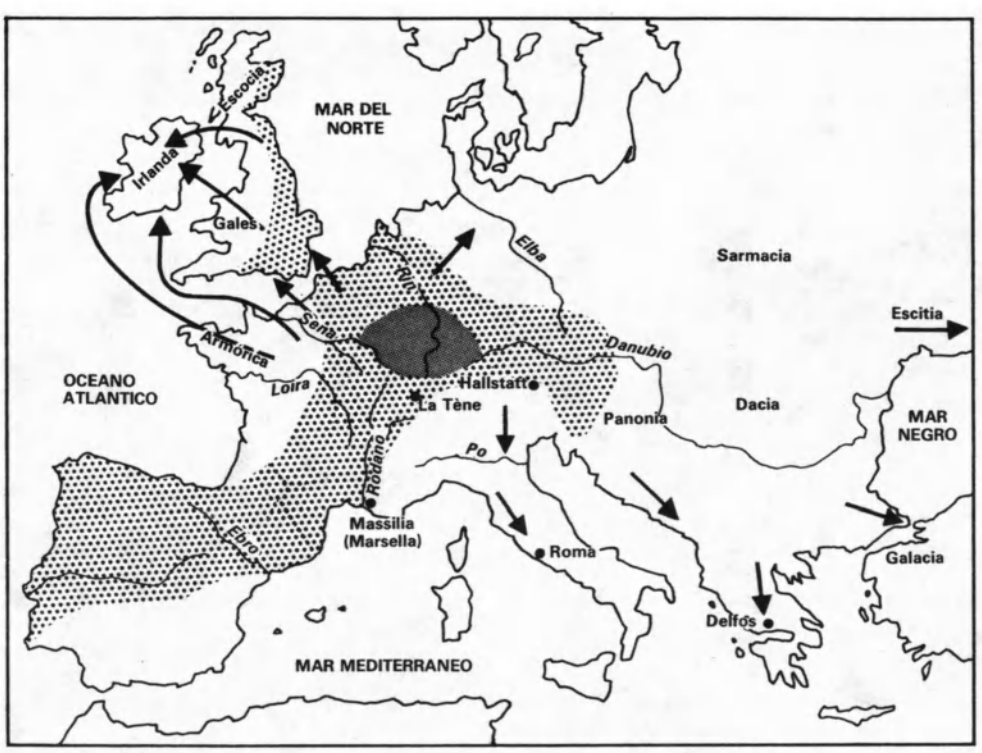
¿Quiénes eran los celtas? ¿Dónde y cuándo situar su origen? Estas preguntas suscitan hoy una larga y persistente controversia entre los estudiosos, y es probable que sigan suscitándola en el futuro. Pero no se trata ya de una controversia estéril y muerta. Los adelantos científicos y técnicos y la combinación de las nuevas disciplinas con las antiguas permiten avalar mejor unas conclusiones basadas en gran parte en especulaciones teóricas.

Las principales fuentes de información sobre los celtas, su religión, su vida cotidiana, sus obras de arte y sus artesanos son los testimonios de la arqueología, que nos proporcionan pruebas tangibles de su cultura; los escritos de griegos o romanos (a partir del siglo VI antes de Cristo), hostiles o encomiásticos según los casos; los toponímicos, los patronímicos y las inscripciones de origen claramente céltico; los obras de los primeros escribas irlandeses o galeses cristianos, que conservaron para la posteridad gran parte de las tradiciones y creencias de sus antepasados.

El folklore de los celtas supervivientes, y de las regiones que fueron antaño y durante mucho tiempo esencialmente célticas, puede aportar también valiosos materiales corroborativos, que hay que manejar, sin embargo, con gran cautela.

Hoy en día contamos con nuevos elementos tales como la datación por medio del carbono radiactivo y con métodos científicos que permiten descubrir materiales no visibles a simple

LA EXPANSION CELTICA EN EUROPA



Mapa R. W. Feachem — El Correo de la Unesco

Zona de asentamiento de los celtas a comienzos del siglo V a. de J.C.

Expansión de los celtas entre fines del siglo V y mediados del III a. de J.C.

Zona donde nació el arte llamado de La Tène



Forhistorisk Museum, Mœsgaard, Højbjerg, Dinamarca

Foto © Ediciones Le Temps, París

vista. En nuestra búsqueda de los orígenes de los pueblos que llamamos celtas, podemos valernos de la paleobotánica, que nos mostrará hechos decisivos sobre las plantas y el régimen alimentario en la antigüedad, así como de instrumentos más perfectos de investigación lingüística.

Por el momento, los orígenes de los celtas están todavía ocultos en las tinieblas de la antigüedad. En cambio, su realidad la tenemos ante nosotros, en sus descendientes, cuyo temperamento y personalidad presentan una asombrosa afinidad con los de sus lejanos antepasados.

Ecos de las tribus poderosas que durante cientos de años ocuparon amplias zonas de Europa y de Asia Menor y amenazaron y dominaron a cuantos entraban en contacto con ellos, los encontramos no solamente entre quienes hablan todavía una lengua celta ancestral sino también en la impronta que han dejado, de múltiples y muy sutiles modos, en los países que surgieron de sus antiguos baluartes tribales.

El «temperamento galo» debe mucho al espíritu, a la vivacidad, a la alegría de vivir y al afán de perfección artística de los celtas. Hace poco tiempo, un profesor de bellas artes húngaro decía en una conversación: «En Hungría todos somos celtas de corazón. Los soldados pasan, mueren los héroes, pero el pueblo permanece.»

Tenemos con esto una visión sumaria del mundo celta en su más amplia acepción; la importancia del mismo es muy grande para poder comprender cabalmente la trama ulterior de la historia de Europa. Pero hemos de ceñirnos ahora al concepto tradicional de los celtas, es decir que hemos de considerarlos como un pueblo que estaba ya muy desarrollado hacia los años 800-700 antes de Cristo y cuya prosperidad llegó a su apogeo entre 500 y 250 antes de nuestra era, época en que empezaron a desmoronarse su influencia y su poder —sin quedar, sin

El estilo en que un artesano celta del siglo III antes de nuestra era representó esta cabeza de gran duque (especie de buho) recuerda la técnica de las películas de dibujos animados de nuestro siglo XX. Utilizando hábilmente círculos, medias lunas, triángulos y otras figuras geométricas, logra aquél crear una imagen fácilmente reconocible. Esta cabeza forma parte de una pesada asa de bronce (de un kilo más o menos) perteneciente a un gran caldero descubierto en Jutlandia (Dinamarca). Se cree que el recipiente, bautizado con el nombre de caldero de Braa, fue fabricado en la región de Bohemia-Moravia, Europa central. Su presencia en Escandinavia es uno de los muchos testimonios de la amplia difusión que el arte céltico tuvo en Europa.



Foto © Aerial Photography, Universidad de Cambridge, Reino Unido

embargo, destruidos— por obra del rápido auge de Roma y de la imposición de las normas del Imperio romano a la mayor parte de la Europa céltica. Irlanda se mantuvo al margen del Imperio romano, por lo que es hoy una valiosísima reserva de tesoros procedentes del mundo vital e independiente de los celtas prerromanos.

Para poder entender el talante espiritual y la vida cotidiana de los celtas hemos de empezar por la aparición, aceptada en general, del mundo celta hacia el año 700 antes de Cristo, como una cultura original que los especialistas llaman de *Hallstatt*. Se trata, por supuesto, de un término convencional que implica que esa cultura nació en las montañas del mismo nombre, en la rigión de Salzkammergut (Austria).

Sabemos hoy que esto no es cierto, ya que los acontecimientos de la prehistoria europea que anunciaron la llegada de lo que llamamos cultura celta se produjeron en toda Europa aproximadamente al mismo tiempo. Pero la riqueza y la abundancia de los materiales encontrados en Hallstatt en el siglo XIX hacen que tal nombre resulte útil para calificar esta fase inicial de la historia céltica.

En esas montañas remotas donde aun subsisten sus huellas, una aristocracia poderosa y una clase laboriosa empleada en las minas de sal, integradas ambas principalmente por las primitivas poblaciones autóctonas del periodo de los «campos de urnas» (finales de la Edad del Bronce), vivieron y llevaron a cabo una asombrosa revolución tecnológica, igual que sus homólogos de gran parte de Europa.

En el caso de Hallstatt, su riqueza consistía en la explotación de las ricas minas de sal. La sal es un producto muy valioso; gracias a sus cualidades se puede conservar la carne y otros alimentos perecederos, lo que garantiza el abastecimiento durante los duros meses del invierno nórdico. Es muy probable que desde una muy remota antigüedad se conocieran también sus virtudes curativas.

En dicha región se han descubierto tumbas de aristócratas que utilizaban ya el hierro, y no el bronce, para fabricar sus armas y sus herramientas afiladas, nobles que enterraban a sus muertos en espléndidas cámaras mortuorias de madera —la madera preferida era el roble sagrado— bajo un túmulo coronado por una estatua de tamaño natural del héroe difunto o de su dios, o por una columna sagrada o un poste ritual de madera, en vez de incinerarlos como hacían sus predecesores.

En esas tumbas cuidadosamente excavadas podemos advertir el rastro de un modo de vida y unas creencias religiosas que iban a generalizarse entre sus descendientes, los celtas «históricos», aparecidos hacia el año 500 antes de Cristo y que han recibido el nombre erudito de celtas de La Tène. En el apogeo de su poder —entre esa fecha y el año 225 antes de Cristo, más o menos— los dominios célticos se extendían desde el Báltico hasta el Mediterráneo y desde el mar Negro hasta el océano Atlántico.

Pero volvamos a los celtas de Hallstatt. Aunque faltan sobre ellos los documentos escritos, los reconocemos como celtas debido a su cultura material, que con el tiempo se volvió más compleja y refinada pero que no cambió esencialmente en la segunda fase, esto es, en la de La Tène.

Algunos de los toponímicos europeos más antiguos dan fe de que en Europa se hablaban lenguas célticas mucho antes de que los etnógrafos del mundo clásico se refirieran a las costumbres de uno de sus vecinos bárbaros más ilustres y, desde luego, más poderosos; incluso mucho antes de que la habilidad técnica de los cel-

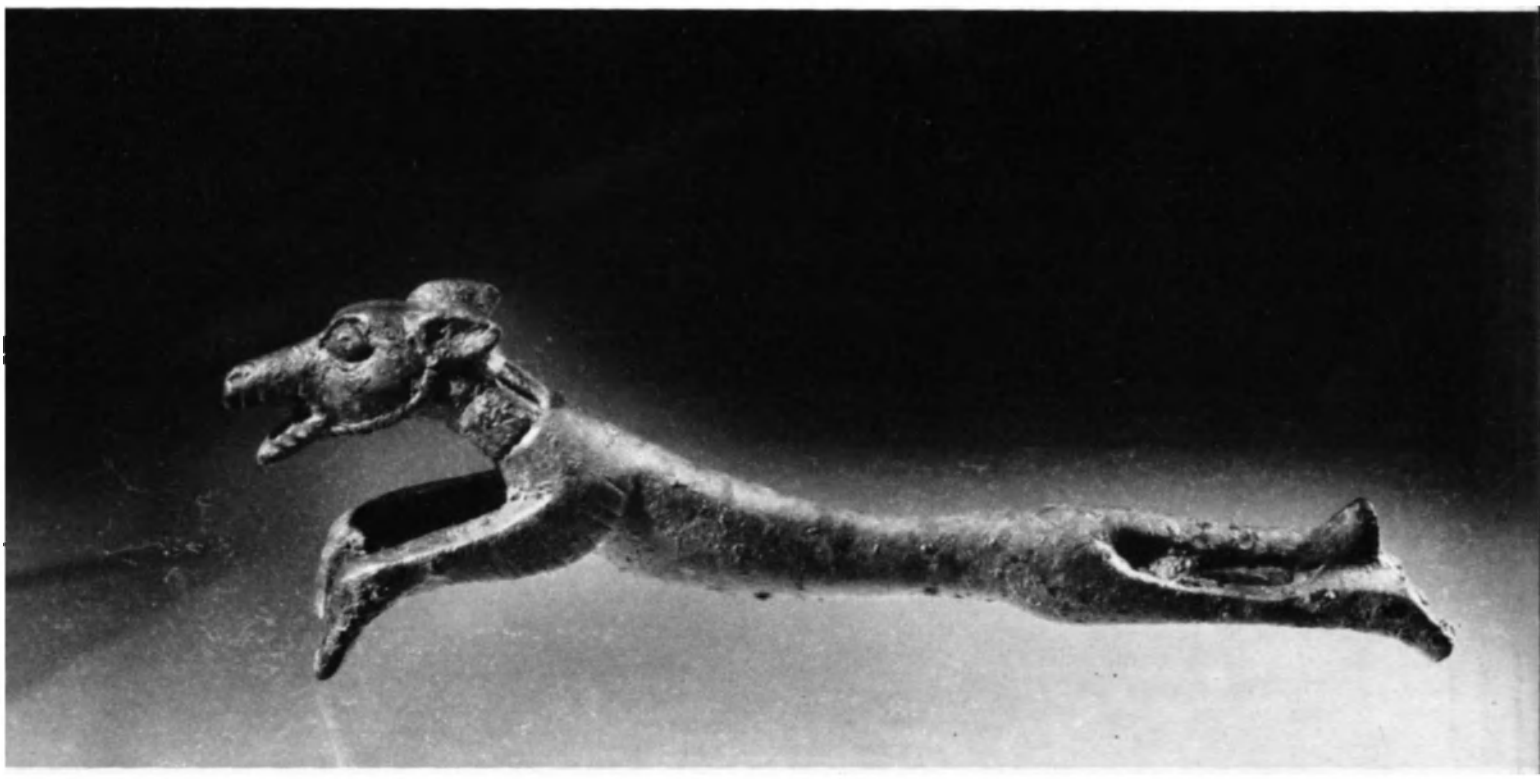


Foto « L'Univers des Formes » © Gallimard, París

El perro, animal doméstico o ser fabuloso, gozó siempre de especial estimación entre los celtas. Tratar a un hombre de «perro» equivalía a ensalzar su bravura. Siendo aun niño, Cuchulainn, héroe de la epopeya irlandesa, da muerte al terrible perro de Culann el herrero (otra figura épica), proeza que le vale su sobrenombre de Cuchulainn, es decir «perro de Culann». Y cuando el invencible héroe celta muere es por violar uno de sus tabús: el que le prohibía comer carne de perro. Las historias de perros abundan aun en el folklore céltico. De todo ello da fe también el arte de los celtas, como en esta escultura de bronce (de 14 cm de longitud).

Este «caballo blanco de Uffington», tallado en un bloque calizo de los Berkshire Downs (Reino Unido), cerca de las ruinas de un fuerte de la Edad del Hierro, se asemeja curiosamente a las imágenes estilizadas de caballos que aparecen en las monedas célticas. (Véanse las págs. 38 y 39). Esta enorme figura mide 110 metros desde la cola hasta el belfo.

tas hubiera introducido en Europa el empleo del hierro al norte de los Alpes y realizado lo que podría tal vez calificarse de primera gran Revolución Industrial.

No sabemos a ciencia cierta cuáles eran los dioses que veneraban estos celtas de Hallstatt, pero lo que de ellos sabemos nos indica que se diferenciaban muy poco de los de sus descendientes, los celtas de La Tène. Los hallazgos arqueológicos cada vez más numerosos referentes a aspectos de la religión céltica pagana, que tiene unos orígenes muy remotos en la prehistoria, confirman la tesis de que existía una casta sacerdotal poderosa; tal vez se trate incluso de los célebres druidas.

Las honras fúnebres que prodigaban a sus muertos en forma de un ritual muy complejo, depositando en las tumbas algunas de las obras más perfectas de sus artesanos —ornamentos personales y armas bellamente trabajadas, vasijas de gran calidad artística, llenas quizá de cerveza para el sediento viajero en su larga jornada hacia el otro mundo, recipientes de metal— e incluso tajadas de carne de cerdo, que era el alimento favorito de los celtas, testimonian de la veneración de éstos por sus antepasados ▶

Para los celtas, el jabalí era la caza por excelencia y el plato predilecto de dioses y héroes, un animal al que además veneraban como ser mágico venido del Otro Mundo. Los tres jabalíes de bronce aquí reproducidos fueron descubiertos en Neuvy-en-Sullias, cerca de Orleans (Francia). El del centro es casi de tamaño natural. Los tres se conservan actualmente en el Museo Histórico del Orleanesado y figuran entre las más bellas muestras de la representación escultórica de animales en la Galia.



Foto © Jean Suquet, París

y del culto de las sepulturas, que consideraban como la puerta de acceso a la tan codiciada vida de ultratumba.

Sus carros de cuatro ruedas —símbolos de la aristocracia— eran enterrados con el difunto, al igual que los arneses de su caballo. De hecho, se le proporcionaba a aquél todo lo que había de necesitar en la otra vida. Posteriormente los celtas enterraban el carro ligero de dos ruedas como signo exterior de dignidad.

Los hábiles artesanos, que ocupaban un puesto de honor en la rígida estructura de la sociedad céltica —al herrero se le consideraba como un ser semidivino, dotado de poderes sobrenaturales—, confeccionaban vehículos de una elegancia delicada y, a la vez, robusta.

Los artífices celtas aprendieron a zunchar en caliente llantas de hierro en los aros de madera de las ruedas y a crear medios de transporte a la vez prácticos y de agradable aspecto, muy idóneos para el orgulloso noble celta y para su buen compañero, el carretero.

De estos vehículos ligeros tiraban dos caballos pequeños, de una raza especial, uncidos por un yugo en la extremidad de una vara larga y probablemente cuadrada. Debido a la estructura de la sociedad céltica, que como ya hemos visto era acusadamente aristocrática, había en ella trabajo para muy diversos artesanos y para sus ayudantes, y el mecenazgo y la munificencia de la poderosa nobleza traía consigo la existencia de artistas y especialistas de todo tipo.

Había que construir las casas, que eran de estructura sencilla pero que estaban sin duda muy ricamente amuebladas y decoradas; existían cuadrillas ambulantes de artesanos que se ofrecían para edificar los «oppida» (o plazas fuertes) tan característicos de la vida y del ritual celtas, para adornar los santuarios y para fabricar espléndidas vasijas y ornamentos, no solamente para uso de los jefes y de sus mujeres sino también para el ceremonial de canje de obsequios entre familias poderosas, con objeto de sellar los vínculos de amistad y como promesa de paz y prenda de pleitesía.

Como vemos, todas las fuentes de información sobre los celtas ponen de manifiesto que se trataba de una sociedad muy estratificada, dividida en tres clases principales: 1) los sacerdotes, poetas, profetas y nobles guerreros; 2) los campesinos y artesanos libres; y 3) la gran masa privada de libertad que hacía posible la opulenta vida de las clases superiores.

Todo ello estaba imbricado en la intrincada y arcaica estructura del derecho céltico, que es el sistema jurídico más antiguo y complejo de Europa. En virtud de estas leyes, nadie quedaba privado de su derecho ni de protección, por muy humilde que fuera su condición, a no ser que, por haber cometido un grave delito, se le prohibiera la asistencia a los sacrificios y su propia tribu le repudiara y le obligara a vivir la mísera vida del proscrito.

El empleo de la palabra romana «bárbaro» no es muy acertado; para nosotros, quiere decir hoy un ser salvaje, carente de los beneficios de la civilización. Los romanos designaban simplemente con ella a quienes no eran ni griegos ni romanos. Hasta los elegantes etruscos eran bárbaros para el mundo clásico.

Aunque no se ajustaban a los gustos y a las necesidades de los romanos, las casas celtas resultaban perfectamente idóneas para quienes se pasaban la vida cazando, robando ganado, combatiendo, cultivando la tierra y cumpliendo sus obligaciones religiosas (ya que las creencias y las deidades de los celtas eran uno de los vínculos más fuertes entre ellos).

Los romanos preferían el tranquilo bullicio del foro, la apacible elegancia de los baños públicos, los alimentos exóticos y el culto impersonal de los dioses oficiales. Las casas de techo de paja de sus vecinos celtas solían ser sorprendentemente espaciosas y proporcionaban suficiente cobijo y comodidad material a quienes regresaban a ellas cansados de una larga jornada de actividad a la intemperie.

Las mesas, sencillas y bajas, bastaban para los manjares, simples pero abundantes, y para las copiosas libaciones de cerveza del guerrero aristócrata, de vuelta de una escaramuza o de una cacería. No se echaban de menos las altas y gráciles paredes de impecable mampostería y el piso de mosaico resplandeciente, porque la mirada podía recrearse en bellos pomos y copas de metal, en el reconfortante fuego que relumbraba en las exquisitas y maravillosas obras de arte metálicas de los hábiles artistas y artesanos celtas. La viva llama se reflejaba en las soberbias armas y ornamentos personales de los altaneros nobles durante sus festines y en los escudos ricamente decorados, nunca demasiado lejos de sus recelosos dueños.

Las rivalidades personales y el incesante afán de distinguirse de los demás guerreros suscitaba en los plácidos comensales una agradable sensación de peligro potencial y la posibilidad de un repentino combate singular —que era el método preferido por los celtas para zanjar sus disputas. No necesitaban tampoco pasatiempos exóticos para la sobremesa, como les ocurría a los romanos ahitos y hastiados.

Los nobles guerreros, el señor y sus huéspedes —la hospitalidad era y es todavía un deber cuasirreligioso en el mundo celta— se reclinaban a escuchar la música de la lira y la bien templada voz del bardo que cantaba o recitaba las hazañas de antiguos héroes, narraba historias de los dioses

LOS CELTAS PRIMITIVOS



Vista panorámica de Hallstatt, cerca de Salzburgo (Austria). El nombre de esta localidad, situada al pie del Salzberg («montaña de la sal») —donde desde la Antigüedad se explotaba la sal gema— ha servido para designar una etapa de la civilización céltica durante el primer milenio antes de nuestra era. En 1846, George Ramsauer, director de las minas de sal, descubrió un antiguo solar funerario donde trabajó durante 17 años excavando personalmente cerca de un millar de las 2.500 sepulturas allí existentes. De ellas extrajo un tesoro arqueológico de incalculable valor, gracias al cual quedaba demostrada la existencia de una civilización céltica durante la Primera Edad del Hierro (de los años 700 a 500 antes de nuestra era). Armas, herramientas, joyas, guarniciones, carros de combate: los hallazgos de Hallstatt demuestran la habilidad de los fundidores y los herreros celtas.

Foto © Erich Lessing-Magnum, París

y ensalzaba la generosidad y las virtudes del señor de la fiesta.

Todo ello se ajustaba perfectamente al temperamento del pueblo celta, a su situación geográfica y al modo de vida tradicional que había elegido; pero por el simple hecho de que sus costumbres y sus gustos fueran distintos de los mediterráneos no se puede decir que fueran bárbaros.

Ciertos aspectos de la religión céltica eran desde luego bárbaros para el mundo romano; por ejemplo, la caza de cabezas, los sacrificios humanos y la omnipotencia de los druidas, sus sacerdotes. Según una antigua tradición irlandesa, en las asambleas nadie podía hablar ante el rey pero éste tenía que guardar silencio a su vez cuando el druida deseaba hablar.

Los celtas creían fervientemente en los dioses y en los poderes del otro mundo, hasta el punto de que la religión formaba parte integrante de su vida cotidiana. Aunque cada tribu tenía sus propios dioses —con la salvedad de algunas deidades superiores que al parecer eran veneradas en muy extensos territorios— y sus propios relatos sobre sus orígenes y aventuras, todas las fuentes de información disponibles convienen en que existía una unidad religiosa genérica.

El dios de la tribu era el padre de su pueblo, su valedor y protector, su caudillo en las batallas y su anfitrión en el festín del mundo venidero. El rey tenía que emular al dios en todo. Tenía que estar libre de toda mancha y proporcionar a su pueblo prosperidad, verdad y buen gobierno.

La esposa del dios de la tribu era la madre del pueblo. Velaba por la fecundidad del ganado y de las personas y de sus tierras tribales, en las que permanecía cuando la tribu, encabezada por su dios jefe, las abandonaba. Ella se hallaba vinculada a la tierra, a la que nutría, enfrentándose con las fuerzas invasoras gracias a sus poderes mágicos y a su divina belleza, que a veces se transmutaba en fealdad extrema. Era preciso o bien tenerla siempre propicia o bien destruirla (los celtas no creían que sus divinidades fueran inmortales).

Existían además una multitud de deidades de todo tipo y de espíritus locales, guardianes de pozos sagrados o de arboledas venerables.

La existencia de una religión común, de una casta sacerdotal de druidas que recibían formación previa durante veinte años y de una misma lengua, el arcaico sistema jurídico, la afición a la genealogía, la historia, la mitología, la poesía y el intenso cultivo de la enseñanza oral ensamblaron a las dispersas tribus en un solo pueblo, que podemos identificar gracias a la arqueología, a los escritos de griegos y romanos, y a sus propias tradiciones transmitidas oralmente por sus descendientes.

A diferencia de los romanos, los galos llevaban pantalones y capas, adaptados a sus gustos ecuestres; los irlandeses utilizaban túnicas y capas. El ideal celta era el hombre alto, rubio, de ojos azules, corpulento y valeroso. Así es como lo representaron los artistas de sus adversarios clásicos: apasionado en el combate, orgulloso y despreciativo en la derrota y la esclavitud.

La historia celta es muy larga y compleja y todavía no ha llegado a su término. Los antiguos celtas no se molestaron en consignar por escrito sus ideas y sus creencias; en sus tratos comerciales recurrían al latín y al griego. Este ejercicio de la memoria se ha mantenido hasta nuestros días en las regiones de habla céltica, en las cuales el mayor placer consiste en recitar antiguas baladas y relatos no aprendidos en los libros sino transmitidos ▶

UN GUERRERO DE HACE 2.500 AÑOS

Esta representación de un guerrero —de tamaño natural, desnudo si se exceptúan el casco y el cinturón — es una escultura de piedra del siglo V antes de nuestra era y fue descubierta en 1926 cerca de Stuttgart (Rep. Fed. de Alemania). Primitivamente instalada en lo alto de un túmulo que contenía 16 sepulturas, allí quedó enterrada durante siglos hasta que fue extraída casi intacta. Abajo a la derecha, un túmulo celta reconstruido en Tubinga (Rep. Fed. de Alemania).



Foto Römisch-Germanischen Zentralmuseum, Maguncia



Foto Würtembergisches Landesmuseum, Stuttgart



Musée des Antiquités Nationales, Saint-Germain-en-Laye, Francia
Foto © Belzeaux-Zodiaque

Jinetes de metal

La frecuencia con que la figura del caballo aparece en las monedas y objetos de metal de los celtas es prueba de la admiración que éstos sentían por ese animal, al que asociaban con algunas de sus deidades. Arriba, un hermoso «carro cultual», de bronce, que data de los siglos I o II de nuestra era; fue descubierto en Mérida (España) y en él puede verse a un cazador que persigue a un jabalí. Los artistas celtas solían adornar las guarniciones de sus cabalgaduras con piezas de metal cincelado. Estos arneses descubiertos en La Tène (Suiza), célebre solar celta de la Edad del Hierro, se conservan, reconstituidos, en el Schweizerisches Landesmuseum de Zurich. Abajo, una ingeniosa cosechadora celta: tirada por una mula y montada sobre ruedas, sus dientes cortan las espigas a medida que avanza. El dibujo reproduce un bajorrelieve del siglo II antes de nuestra era, hallado en Bélgica.



Schweizerisches Landesmuseum, Zurich, Suiza



Dibujo tomado de *Kölner-Römer Illustrierte* - Historische Museum der Stadt, Colonia

oralmente de generación en generación.

El poema épico irlandés primitivo más bello es el *Táin Bó Cualgne*. En él se relata la rivalidad entre la diosa reina Medb y su marido Ailill por la posesión de un espléndido toro divino, el Donn de Cualgne, y de las guerras y calamidades que de tal conflicto se derivaron.

Todavía hoy pueden oírse en las Hébridas Exteriores versiones de esta antigua leyenda, narradas por personas que nada saben de sus orígenes o de su antigua fuente.

Uno de los fragmentos del antiguo relato irlandés resume perfectamente el ideal celta de heroísmo y belleza; en él se describe al joven héroe Cuchulainn, recién bañado y revestido de ornamentos después de una violenta batalla, tal como se apareció a los cortesanos de su tío, el rey Conchobar. Cuchulainn era hijo del dios pancéltico Lugh (Lugus) y de la hermana del rey Deichtire, y el héroe por excelencia del antiguo mundo celta. Dice así el fragmento:

«Muy bello era, en verdad, el joven que se presentó ante los huéspedes para exhibir su galanura, Cuchulainn. Tres clases de cabello poseía: negro junto a la piel, de color rojo sangre en medio y, en lo alto, como una corona de dorado pelo. En torno a su cuello, cien torzales carmesíes. En cada uno de sus ojos, siete fúlgidas gemas. Llevaba un manto claro, elegante, orlado y con cinco pliegues. Sobre el blanco pecho lucía un broche de blanca plata taraceado de oro, como una brillante luminaria que humillaba la mirada con su fulgor. Vestía una túnica de seda con trenzas y ribetes y orlas de oro, plata y bronce blanco. Asía un espléndido escudo de color púrpura, con un borde de blanca plata pura y una espada ricamente adornada, con dorada empuñadura. En su carro había una larga lanza gris y una afilada daga, con espléndida correa y ribetes de bronce blanco. Llevaba nueve cabezas en una mano y diez en la otra, y las levantó ante sus huéspedes.»

«Nueve cabezas en una mano y diez en la otra.» Los celtas no sólo decapitaban a sus enemigos sino que además veneraban las cabezas cortadas, hasta el punto de que bien puede decirse que éstas simbolizan la religión celta como la cruz la cristiana. En uno de los relatos galeses del *Mabinogion*, relativo a Bran, ser gigantesco de origen divino, su cabeza después de haber sido separada del cuerpo a petición suya, permanece fresca, como excelente compañero y señor de la fiesta del Otro Mundo, dispensador de alimentos y bebidas para los dioses.

La literatura irlandesa recibió forma escrita antes que la galesa, por influencia de la Iglesia cristiana, que en Irlanda destacó por su austeridad pero dando al mismo tiempo muestras de amor profundo por su tierra natal y por las tradiciones y la lengua célticas.

SIGUE EN LA PAG. 16



Foto © Museo Británico, Londres



Foto © J.V.S. Megaw, Leicester, Reino Unido

Artistas y artesanos consumados en el trabajo del bronce y del hierro, los celtas supieron fabricar utensilios domésticos primorosamente decorados. Arriba a la izquierda, un escudo de bronce con incrustaciones de cristal; data del siglo I de nuestra era y tiene más de 77 centímetros de largo. Fue descubierto en el río Támesis, en Londres. Arriba, detalle del mismo escudo en que aparecen círculos decorados con cristales rojos, que revelan un gran dominio de las complicadas técnicas de la metalistería y la decoración. Es probable que el escudo sirviera más bien para ciertas ceremonias que para el combate.



Casco de bronce (a la derecha) que data del siglo I antes de Cristo; mide 42 centímetros entre las puntas de los cuernos. Al igual que el escudo, fue encontrado en el Támesis. Tal vez era un objeto de decoración de algún santuario céltico erigido a orillas del río.

Foto © Museo Británico, Londres

Abajo a la derecha, pasador de bronce y hierro de una brida céltica. Fue descubierto en la República Federal de Alemania, cerca del solar de «Heidengraben», probablemente el *oppidum* celta más importante descubierto en Alemania. Abajo, detalle de la cabeza que corona el pasador; se han perdido los ojos que llevaba incrustados.



Foto © J V S. Megaw
Leicester, Reino Unido

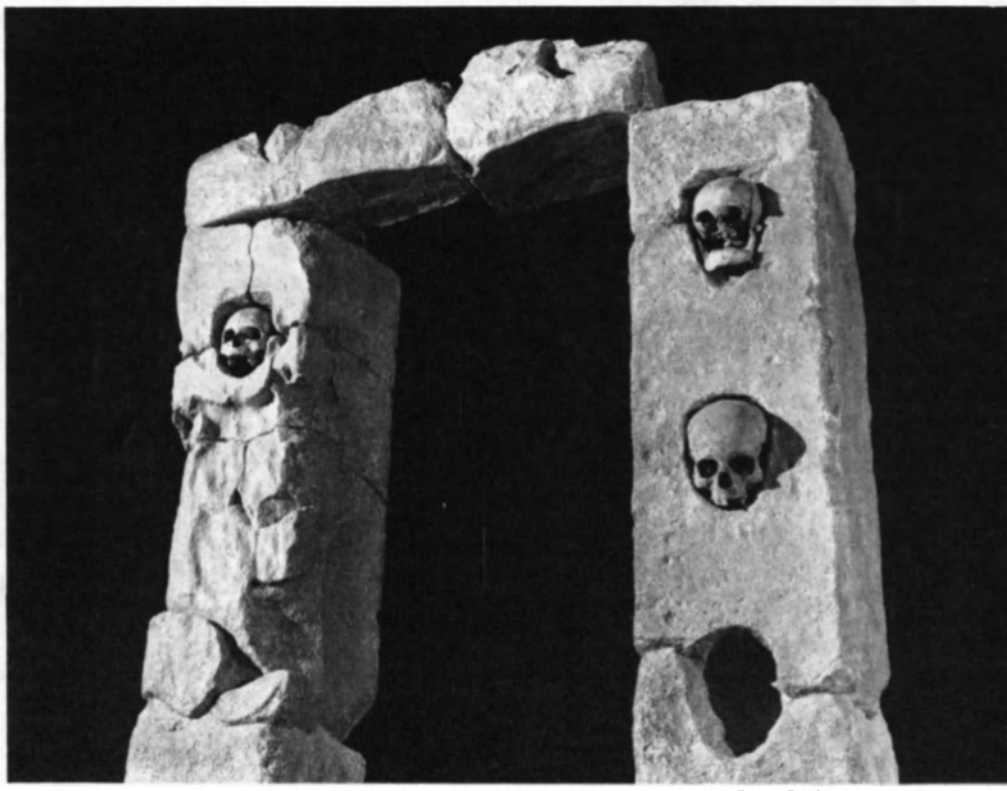


Foto • L'Univers des Formes • © Gallimard, París

Aunque quedan fuertes vestigios de paganismo en las literaturas irlandesa y galesa —que son las literaturas vernáculas más antiguas de la Europa al norte de los Alpes—, los escribas cristianos fueron demasiado fieles a la tradición oral como para encubrir lo que no fueran manifestaciones extremas de prácticas paganas. ¿Cómo consiguieron los irlandeses cristianos adaptar ese pasado pagano a su muy sincero cristianismo? Es esto algo que pone muy bellamente de relieve el autor del *Táin Bó Cualgne*, donde se describe el mundo celta hacia el siglo I de nuestra era. La obra termina con las siguientes palabras:

«*Benditos sean quienes recuerden fielmente el Táin tal como ha quedado escrito aquí y no le añadan nada. Pero yo, que he escrito esta historia, o más bien esta fábula, no doy crédito alguno a sus diversos episodios. Ciertas cosas son un engaño del demonio; otras, figuraciones poéticas; las hay que son probables, y las hay improbables, mientras que otras se proponen deleitar a los hombres vanos.*»

Anne Ross



Museo Borély, Marsella. Foto © Giraudon, Paris

Los dinteles y columnas con nichos ocupados por cráneos humanos constituyen uno de los rasgos más notables del gran santuario céltico de Roquepertuse, al norte de Marsella (Francia). Junto con las numerosas esculturas de cabezas humanas descubiertas en Roquepertuse, estos cráneos dan fe del culto a la cabeza humana que profesaban los celtas y vienen a confirmar el testimonio de los autores clásicos sobre su costumbre de cortar y conservar las cabezas de sus enemigos.

Las lenguas célticas, ayer y hoy

Por lengua céltica hay que entender uno de los grandes grupos de lenguas llamadas indoeuropeas cuyo origen, según muchos filólogos, se encuentra en algún lugar situado entre los Balcanes y el mar Negro. Por razones que ignoramos, pero entre las cuales cabe imaginar ciertos factores ecológicos y la presión de poblaciones vecinas, se produjo una gran diáspora de los pueblos indoeuropeos cuyo comienzo los especialistas en filología fijan hacia el año 2.300 antes de nuestra era.

Con esta diáspora que se fue extendiendo prácticamente a toda Europa, si se exceptúan las regiones de habla finlandesa, húngara y estonia (familia de lenguas ugrofinesas) y vasca, la primitiva lengua común indoeuropea empezó a diferenciarse poco a poco hasta formar, en una época histórica posterior, los distintos idiomas europeos y, en su desplazamiento hacia Oriente, el sánscrito.

Las lenguas célticas son muy arcaicas y, al igual que la estructura social de los pueblos que las hablaban, han conservado gran parte de sus formas originales.

Pueden distinguirse tres lenguas célticas o, mejor dicho, tres ramificaciones del celta. La primera, y probablemente la más antigua, es la que los lingüistas llaman el celta Q o goidélico (nombre celta de los antiguos irlandeses), que llegó a constituir el gaélico moderno. Esta rama conservó el sonido *q* de las lenguas indoeuropeas originales, que más tarde se convirtió en el sonido *k*, representado por la letra *c*. Es la lengua que los celtas hablaron y posteriormente escribieron en Irlanda. A fines del siglo V la introdujeron en Escocia, aunque es posible que ya se la conociera allí anteriormente. También llegó hasta la isla de Man donde todavía se habla entre los más viejos.

Huellas de esa lengua existen también en el continente europeo pero, por lo general, parece que la lengua común de Europa fue la segunda rama, conocida con el nombre de celta P o britano (nombre celta de los actuales bretones), emparentada con el bretón moderno. También se la hablaba en Gran Bretaña hasta que los asentamientos anglosajones la fueron confinando paulatinamente a Gales, a Cornualles y también a la Bretaña armoricana donde, proveniente de esos países, fue reintroducida a partir del siglo V.

La denominación de celta P obedece al hecho de que en esta rama el sonido *k* fue sustituido por el de *p*. Por ejemplo, en goidélico la palabra «cabeza» es *cend* —en el gaélico moderno, *ceann*—, y en britano *penn;* asimismo, la palabra *mac*, que en goidélico significa «hijo», en britano se transforma en *map* o *ap*.

La tercera rama, la más problemática de todas, es la que hablaban los pictos, enigmáticas tribus celtas que, en tiempos remotos, ocuparon Escocia, al norte del istmo de Forth-Clyde. Lo poco que sabemos del picto se debe principalmente a unas cuantas inscripciones en piedra en las que se reconocen algunos elementos de la lengua céltica, pero que, al igual que su cultura y su arte muy particular —aun siendo indudablemente céltico— no permiten resolver todavía el problema de los pictos y constituyen tema de apasionada controversia entre los especialistas en la materia.

A.R.

Esta extraordinaria máscara fabricada a partir de una lámina de bronce, con su cabello en espiral, su barba rizada y los huecos ovales de sus ojos —que probablemente tenían incrustaciones de cristal de color o de esmalte— fue descubierta en los Pirineos franceses. Data del siglo III antes de Cristo y representa posiblemente alguna divinidad céltica. El cuello cilíndrico y hueco de la máscara permitía montarla sobre un mango de madera.

Museo de Tarbes, Altos Pirineos, Francia. Foto © Yan, Tolosa, Francia



EL TRIPLE ROSTRO DE LA MUJER CELTA

por Jean Markale

En todas las épocas, las sociedades humanas han intentado definir las relaciones entre el hombre y la mujer en el marco de la pareja y de las estructuras sociales existentes. Para lograrlo, han asignado siempre a uno y otra funciones y lugares respectivos, que varían sensiblemente según las costumbres y las tradiciones de cada pueblo.

En los pueblos celtas —es decir los antiguos galos, irlandeses, bretones de la isla de Bretaña de los que proceden los actuales galeses, y, finalmente, los bretones armoricanos— las estructuras sociales eran las mismas que en todos los pueblos indoeuropeos. De ahí su tendencia al patriarcalismo, a situar en primer plano el papel del hombre.

Sin embargo, resulta sorprendente descubrir en el análisis de los textos jurídicos y de los testimonios históricos, literarios y mitológicos, hasta qué punto los celtas, si se les compara con otras sociedades de su tiempo, y en especial con las mediterráneas, disfrutaban de una situación ventajosa en lo que toca a la condición femenina. Pese a ello, puede afirmarse que, en lo que respecta a las formas de matrimonio, existían profundas analogías entre las costumbres célticas y las de la antigua India.

Es un hecho sobradamente conocido que todos los pueblos mediterráneos, y en particular los griegos y los romanos, mantenían a la mujer en una situación de minoría de edad permanente. En cambio, los celtas reconocían y otorgaban a la mujer derechos que siguen brillando por su ausencia incluso en las sociedades puritanas de los siglos XIX y XX en Europa occidental.

Las causas de esta particularidad son varias, pero podemos detenernos en una esencial: los celtas que invadieron Europa occidental hacia el siglo V antes de Jesucristo eran muy poco numerosos. Estaban constituidos fundamentalmente por una élite guerrera e intelectual, y encontraron en los territorios por ellos ocupados poblaciones autóctonas mucho más densas, a las que impusieron su cultura, su lengua, su religión y sus técnicas, pero de las que tomaron ciertas costumbres, sobre todo en lo relativo a las relaciones interindividuales.

De ahí que sea en los más antiguos pueblos instalados en Europa occidental donde hayamos de buscar esas especialísimas condiciones del estatuto de la mujer que más adelante observaremos en el marco de la civilización celta.

Lo que más sorprende es la relativa independencia alcanzada por la mujer respecto del hombre. La mujer podía poseer bienes propios, siempre que se tratase de objetos utilitarios, joyas y cabezas de ganado. El sistema céltico admitía la propiedad individual *mobiliaria*, junto con una propiedad *rústica* colectiva. La mujer podía decidir el empleo de sus bienes de acuerdo con su exclusivo criterio, venderlos si así lo deseaba y adquirir otros mediante compra, prestación de servicios o donación. Cuando se casaba, seguía conservando sus bienes personales y, en caso de disolución del matrimonio, los recuperaba plenamente.

El matrimonio celta era una institución flexible, simple derivación de un contrato cuya duración no era forzosamente definitiva. La mujer elegía libremente a su esposo, al menos en teoría, pues, en ocasiones, los padres comprometían el matrimonio de sus hijas por razones de oportunidad política o económica. Pero, incluso en estos casos, la mujer tenía la última palabra.

Por otro lado, ya dentro del matrimonio, éste se atenía a la situación personal de los contrayentes. Si la mujer poseía menos bienes que el marido, era éste quien dirigía todos los asuntos de la economía familiar sin estar obligado a informar a su mujer. En cambio, si la fortuna del marido y de la mujer eran de volumen similar, aquel no podía dirigir la economía

---

JEAN MARKALE, *escritor francés, se ha especializado en las civilizaciones célticas. Profesor de literatura clásica y autor de programas de radio y televisión sobre los celtas, ha dedicado a su estudio numerosas obras, tales como* Les grands bardes gallois, *con un prefacio de André Breton (Ediciones Falaize, París, 1956),* Les Celtes *(1960),* L'Épopée celtique d'Irlande *(1971),* L'Épopée celtique en Bretagne *(1971),* La Femme celte *(1972) y* La Tradition celtique en Bretagne armoricaine *(1975), obras todas ellas publicadas por las Ediciones Payot, de París.*



Musée Historique de l'Orléanais, Orléans. Foto © Jean Suquet, París

Obra de un artesano celta de hace 2.000 años, esta espléndida figura de bronce reproduce el ritmo y la tensión de una bailarina en plena danza sagrada. Es uno de los muchos objetos de bronce descubiertos en Neuvy-en-Sullias, a orillas del Loira, Francia.



familiar sin el consentimiento de la esposa. Y finalmente —lo que sin duda es un hecho excepcional en la mayor parte de las legislaciones— cuando la mujer poseía más bienes que el esposo, era ella quien asumía la dirección de la casa y la hacienda, sin necesitar para nada el consejo de su marido.

La historia y la epopeya antiguas han conservado hasta nuestros días recuerdos muy vivos de tales situaciones, que ponen de manifiesto con elocuencia un hecho incontestable: la mujer, pese a estar inmersa en la sociedad patriarcal que era la sociedad celta, logró adquirir y conservar cierto predominio, así como una autoridad moral innegable.

También hay que señalar que, por el hecho de casarse, la mujer no entraba a formar parte de la familia del marido. Seguía perteneciendo a su propia familia de origen, y el precio que el marido había de abonar por la *compra* de su mujer era tan sólo una especie de compensación para la familia de aquella. En caso de divorcio, la mujer recuperaba su lugar natural en la familia de origen.

En determinadas situaciones, sobre todo cuando el marido era extranjero, la nueva familia constituida a raíz del matrimonio entraba a formar parte de una categoría especial, vinculada a la familia de la mujer, de tal manera que los hijos nacidos de la nueva pareja heredaban exclusivamente los bienes y la situación de la familia uterina. Otro tanto ocurría en las familias de la realeza, donde la transmisión de la soberanía se efectuaba a veces por intermedio de la madre o incluso de un tío materno.

Hay en la literatura irlandesa, como en general en toda la literatura europea de inspiración céltica, rememoraciones manifiestas de esta práctica, consistente en otorgar a los hijos la herencia del hermano de la madre. El caso de Tristán, héroe de una leyenda medieval de origen céltico, heredero de su tío materno, el rey Mark, es probablemente la más célebre de todas estas rememoraciones.

Existía, al margen del matrimonio —y esta práctica ha persistido en Irlanda durante mucho tiempo, aun después de la instauración del cristianismo— una especie de concubinato reglamentado por costumbres muy estrictas. Cualquier hombre, casado o no, podía tomar una concubina. Si estaba casado, le era indispensable conseguir el consentimiento de su legítima esposa. Obtenido tal consentimiento, y tras formalizar un verdadero contrato con la concubina, ésta se instalaba en el domicilio del hombre, al tiempo que recibía una compensación personal y su familia otra.

El compromiso de concubinato se establecía para un período limitado a un año, contado día a día. Al finalizar tal plazo, la concubina recuperaba la libertad, a menos que se le ofreciese, y ella aceptase, un nuevo contrato por idéntico periodo de tiempo.

EDAD DE ORO DE LA MUJER

Entre los primitivos celtas las mujeres gozaban de un gran ascendiente en la sociedad. Correlativamente, las deidades femeninas ocupaban un lugar importante en su mitología. La notable cabeza de mujer que aquí reproducimos (3) fue esculpida en algún lugar de Galia hace 2.000 años. Los artistas celtas nos han dejado diversas imágenes de sus diosas. Así, la diosa Epona, representada en esta estatuilla de 32 centímetros de alto (1), era la protectora de los caballos y su culto, ampliamente difundido en la Galia, fue adoptado por la caballería romana y se extendió a todo el Imperio Romano. La triple diosa-madre (2), tallada en una estela de piedra de Borgoña (Francia), simbolizaba la fertilidad, el parto y, en ocasiones, la guerra, y se la puede considerar como un testimonio más de la creencia de los celtas en las propiedades mágicas del número tres.



1 Museo de Alesia, Alix-Sainte-Reine, Francia. Foto © revista *Archeologia*, París

Esta extraña costumbre, a la que se ha convenido en calificar de «matrimonio temporal» o «matrimonio por años», tenía el mérito de que dejaba a salvo la independencia y la libertad de la mujer, ya que ésta no era un *objeto* comprado un día y abandonado otro, sino una *persona* con la que se concertaba un convenio. De esta manera, si el contrato no era respetado, la concubina tenía la posibilidad de apelar al dictamen de un juez elegido por ella misma entre aquellos que eran considerados más sabios y prudentes, consideración que solía recaer casi siempre en los druidas, quienes, aparte de sus funciones sacerdotales, eran también auténticos jurisconsultos.

Puesto que el matriminio era considerado, ante todo, como un contrato, su naturaleza entrañaba la provisionalidad y, por ende, podía ser disuelto en cualquier momento. Quiere ello decir que el divorcio era muy fácil de obtener. Si un hombre se decidía a abandonar a su mujer, tenía que apoyarse para conseguirlo en motivos graves. Si tales motivaciones no existían, no le cabía otra opción, caso de insistir en el deseo de abandono, que pagar una elevada compensación, que no era distinta de la usual en los casos de ruptura abusiva de cualquier contrato, con independencia de la naturaleza de éste.

Pero, en lo que a ella respectaba, la mujer tenía derecho a separarse de su marido cuando éste la infligía malos tratos o mantenía en el domicilio común una concubina que no era de su gusto. Se cita con frecuencia el caso de un druida que pretendió instalar en su casa a una concubina que había sido previamente rechazada por la esposa legítima. El druida insistió, mas su mujer le advirtió que, de persistir en su intento, se divorciaría; y como la esposa era dueña de la mayor parte de la fortuna familiar, el druida reflexionó y, finalmente, optó por resignarse y someterse a la voluntad de su mujer, abandonando a la concubina.

Pese a que era más frecuente la solicitud de divorcio a instancias del marido, las mujeres tenían por igual derecho a hacerlo, y el divorcio podía lograrse casi automáticamente mediante una especie de mutuo consentimiento. Desde el momento en que se consumaba la separación de la pareja, la mujer recuperaba la totalidad de sus bienes personales y se beneficiaba de la parte que le correspondía en el conjunto de bienes ganados o adquiridos durante el matrimonio.

Esta solución evitaba que la mujer saliera perjudicada, tanto en el terreno económico como en el moral, ya que el divorcio no estaba vinculado a ningún tipo de culpabilidad: era simplemente el refrendo de la caducidad de un contrato, es decir, la constatación legal de un simple estado de hecho.

Naturalmente, el problema de los hijos creaba dificultades. En principio, los hijos pertenecían a la familia del padre, lo que para ellos era una garantía contra cualquier posible injusticia, ya que la solidaridad familiar intervenía en su favor y jamás se veían en situación de desamparo. No obstante, y para mayor seguridad de que



2 Musée des Antiquités Nationales, Saint-Germain-en-Laye, Francia. Foto © Roger Ayral, París



3 Museo de Bourges, Francia Foto © Franceschi-Zodiaque

el niño no pudiera ser abandonado en ningún caso, existía una institución especial, destinada a cubrir las posibles consecuencias de un eventual caso de abandono.

Tal era el sentido de la práctica del *fosterage*, consistente en una costumbre familiar en virtud de la cual los padres enviaban a sus hijos a aprender oficios manuales, hogareños, intelectuales o guerreros en el seno de otra familia, circunstancia que facilitaba el surgimiento de lazos entre el niño y sus padres adoptivos, al tiempo que ensanchaba considerablemente el campo de acción de la vida familiar.

Los niños podían heredar tanto a su padre como a su madre. Por su parte, las hijas no eran descartadas de la línea sucesoria, aunque ciertamente quedaban algo desfavorecidas en comparación con sus hermanos. Pero, considerada en conjunto, la sociedad céltica tal como la conocemos en épocas históricas, en Irlanda, la isla de Bretaña y la Bretaña armoricana, desde el siglo V antes de nuestra era hasta el siglo XII, parece haber hecho cuanto le fue posible para proteger la dignidad y los derechos de las mujeres, lo mismo que su autoridad moral. Hay muchos ejemplos de mujeres celtas que alcanzaron el poder y desempeñaron un importante papel en la vida social. Reinas bretonas históricas, como Boadicia y Cartimandua, se impusieron en sus respectivos reinos gracias a la prudencia, la audacia y la autoridad que les eran connaturales.

En realidad, esta situación particular de la mujer en las sociedades de tipo céltico proviene de la imagen que los celtas se forjaron de este misterioso ser, a la vez placentero y temible, dotado del poder de dar la vida. Toda la tradición céltica, galesa, irlandesa y bretona, insiste en el carácter soberano de la mujer.

La epopeya irlandesa, recopilada a partir del siglo IX, nos presenta un personaje que se sale de lo común, el de Mebdh, reina mítica de Connaught, Irlanda, que es la encarnación de una soberanía que ella dispensó no sólo a su marido, el rey Ailill, sino también a sus numerosos amantes, a quienes, como dicen con gracejo los antiguos textos, «prodigaba la amistad de sus muslos».

Esta descripción, que nos legaron los autores de las epopeyas irlandesas, se ve corroborada por los testimonios de escritores de la antigüedad grecorromana, que quedaron sorprendidos por el temible aspecto y la ardiente personalidad de las mujeras galas, siempre dispuestas a intervenir en cualquier querella para defender sus derechos y los de su marido, llegando incluso a tomar parte en los combates como furias desencadenadas.

La literatura europea de la Edad Media denominó «ciclo artúrico» a la serie de epopeyas dedicadas al legendario rey Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda. Sin discusión posible, el origen de estas leyendas es céltico. En ellas se nos transmiten retratos de mujeres sorprendentes, tanto por su comportamiento como por su importancia.

La esposa del rey Arturo, la célebre reina Ginebra, que los antiguos textos galeses llamaban Gwenhwfar, nombre que significa «Blanco Fantasma», es probablemente el supremo modelo de las mujeres celtas que encarnan verdaderamente la soberanía. Efectivamente, Ginebra se encuentra en el centro mismo del universo artúrico. Por su belleza y su valor, es ella quien logra que los caballeros de la corte de Arturo realicen sus hazañas y muestren su bravura.

¿Acaso no confiesa el famoso caballero Lanzarote que todo su valor se lo infunde el amor de Ginebra? ¿De qué manera interpretar los múltiples raptos de la reina, a cargo de misteriosos guerreros, sino como el deseo de éstos de adueñarse del Poder representado por ella? En todos los relatos artúricos, la reina Ginebra emerge como centro de la corte, como el auténtico sol que, con sus rayos, ilumina a los caballeros que la forman y que no pueden vivir sin la mirada que ella les concede como recompensa por sus proezas.

El personaje de Ginebra, al igual que la mayoría de las heroínas de las leyendas célticas, tiene algo de rememoración de una antigua diosa solar. En todas las lenguas celtas, la palabra Sol es del género femenino, y la palabra Luna del masculino. *La mujer es el sol*. De esto se deduce que, en los tiempos antiguos, los celtas o sus predecesores en el continente europeo debieron practicar el culto a una divinidad solar femenina. El rostro de una divinidad de este tipo lo encontramos

en un personaje tan conocido como Isolda, esposa del rey Mark y heroína de una leyenda famosa en todo el mundo: la historia de su infeliz amor con el sobrino de su marido, el joven y hermoso Tristán.

En realidad, la leyenda de Tristán e Isolda proviene de Irlanda. Allí la encontramos en una forma arcaica que ilumina singularmente la función que, en principio, la mujer desempeñaba en los antiguos pueblos celtas. No se trata de un amor banal. De acuerdo con el arquetipo irlandés, que es la historia de Diarmaid y Grainné, es la mujer —Isolda o Grainné— quien fuerza al hombre a amarla. Es ella, en efecto, quien impone las reglas del juego, con su inflexible determinación de huir en compañía del hombre amado, para bien como para mal.

Esta audacia de la mujer, su violento deseo de arrastrar al hombre a una aventura pasional, nos llega bajo el aspecto muy edulcorado del filtro amoroso que beben *por descuido* Tristán e Isolda. En realidad, este famoso filtro mágico no hace otra cosa que traducir la voluntad inquebrantable y casi sobrehumana de una mujer capaz de forzar al hombre a amarla a su pesar, llevándole consigo a la pérdida de su honor e incluso de la vida.

Esta connotación de tipo literario nos introduce lisa y llanamente en plena mitología céltica, que es donde probablemente se conserva con mayor pureza y propiedad el retrato de la mujer celta. Un tema resalta con frecuencia en este marco mitológico: el de la soberanía que ha de conquistarse no sólo mediante la fuerza sino también por amor.

Muchas leyendas, tanto irlandesas como bretonas, relatan, con ligeras variantes, la siguiente historia: varios jóvenes se encuentran perdidos en un desierto y sufren terriblemente de sed. Una mujer vieja, de horrible aspecto, se les aparece y les ofrece agua, a condición de que uno de ellos la bese. Todos se niegan, salvo uno, que generalmente es el más joven. Este, superando su repugnancia, deposita un beso en la mejilla de la repulsiva anciana, que inmediatamente se metamorfosea en una hermosa joven que le dice: «Yo soy la Soberanía. Con tu gesto de amistad, acabas de conquistarme.»

Este tema, u otro de significado similar, se da en todas las mitologías del planeta, pero en los celtas adquirió un colorido particular que no atenuaba en absoluto su valor simbólico: la soberanía, encarnada por la anciana, representa una autoridad que está a punto de extinguirse. Por ello tiene necesidad de regenerarse. Pero sólo un hombre joven puede devolverle la juventud. Y de este acto regenerador surge una nueva era caracterizada por la armonía y la prosperidad del reino.

Tal es el sentido de muchas leyendas mitológicas, como lo es, en lo hondo, el de la búsqueda del Santo Grial, cuya primitiva versión, de espíritu totalmente pagano, por no decir *druídico*, es una especie de apasionada búsqueda del Objeto sagrado y mágico, que sólo es posible obtener con la ayuda de una mujer de múltiples rostros, perpetuamente presente en las aventuras del héroe y destinada a conducirle al lugar y al objeto que persigue.

Esto quiere decir que, en la imaginación de los celtas, en sus sueños simbólicamente expresados en leyendas, la mujer es la Iniciadora, la que introduce al hombre en un mundo nuevo, la que le proporciona un segundo nacimiento, que es un nacimiento en el mundo de las realidades superiores.

Diosa, sacerdotisa de una divinidad o mensajera de los dioses: ésta es la visión que los celtas tuvieron de la mujer y que no es sino el testimonio de un arcaico culto a una divinidad todopoderosa, que proporciona al hombre el calor de su brillo y le da la fuerza que necesita para cumplir su destino.

Sin embargo, precisamente por razón de este poder que encarnaba a sus ojos, la mujer inquietaba a los celtas. De ahí que, incluso en el campo de lo imaginario, siempre buscaran el medio de dominarla. Una leyenda galesa, que se conserva en los relatos del *Mabinogi* (recopilación de cuentos medievales galeses), nos muestra como el hombre intenta sustraerse al dominio de la mujer.

La historia es tan sencilla como elocuente: Arianrod, hija de Dôn, se niega a reconocer al hijo que ha tenido de su hermano Gwyddyon, y lanza contra el niño una triple interdicción. No tendrá nombre salvo si es ella quien se lo da. No tendrá nunca armas, salvo que ella se las proporcione. Y, por último, no tendrá jamás esposa de la raza de los hombres.

Simbólicamente, se trata de un rechazo de la maternidad, con todas las consecuencias que esto entraña en el plano social. Sin maternidad, el niño carece por completo de existencia legal, lo que equivale a reducirle a la nada. Sólo la intervención de la madre podrá convertir al niño en miembro de la comunidad.

De esta manera, la leyenda define la importancia de la madre en el sistema social. Pero Gwyddyon decide luchar contra la triple prohibición. Gracias a la ayuda de su tío Math, maestro de magia, se las arregla para que Arianrod pronuncie el nombre que llevará su hijo. Este se llamará Lleu Llaw Gyffes, que significa «Pequeño de la mano firme».

Sirviéndose también de procedimientos mágicos, Gwyddyon y Lleu, disfrazados e irreconocibles, se aprovisionan de armas que, engañada, les proporciona Arianrod. Finalmente, Gwyddyon y Math, recurriendo a hechizos y encantamientos, «fabrican» literalmente una mujer con flores y plantas de las colinas. Pondrán a esta

SIGUE EN LA PAG. 31

Páginas en color

UNA FABULOSA IMAGINERIA DE METAL

Página 23



Este rostro de bronce (siglo IV antes de nuestra era), que decoraba un jarro de madera, fue descubierto en una sepultura céltica de Dürrnberg, cerca de Hallein (Austria). Sus rasgos —ojos grandes, fino bigote, cejas juntas sobre la nariz— son típicos del arte céltico de comienzos del periodo llamado de La Tène.

Stadtmuseum, Hallein, Austria

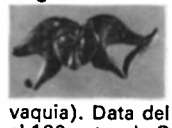
Página 24



En la mitología céltica las aves ocupan un lugar importante: por el hecho de volar por encima de la tierra, están en relación con el Más Allá al que los celtas iban después de su muerte. La caja de este carro cultual está adornada con motivos en forma de cuellos y picos; diríase que le escoltan un enjambre de pájaros. Este objeto de bronce, perteneciente al periodo llamado de Hallstatt (del año 800 al 400 antes de nuestra era), fue descubierto en Transilvania (Rumania).

Naturhistorisches Museum, Viena, Austria

Página 25



Arriba, cabeza de animal imaginario. Se trata de un fragmento de un vaso de bronce (10,5 cm de alto) encontrado en una tumba cerca de Brno (Checoslovaquia). Data del periodo de La Tène (del año 400 al 100 antes de Cristo).

Moravske Muzeum, Brno, Checoslovaquia



Abajo, clavija de un eje de carro, de 8 cm de largo, en forma de rostro humano sumamente estilizado. Este objeto de hierro recubierto de bronce parece un personaje caricaturesco (véase la verruga en la nariz).

Musée des Antiquités Nationales, Saint-Germain-en-Laye, Francia

Páginas 26-27



Los celtas de la Edad del Hierro incineraban a sus muertos, colocando las cenizas en una urna funeraria. Junto a ésta, enterraban en la sepultura un carro en miniatura, que sustituía simbólicamente al del difunto. El que aquí se reproduce mide 35 cm de longitud; la altura de la diosa que sobresale entre el grupo de guerreros es de 22,5 cm. Este carro cultual de bronce, del siglo VII antes de nuestra era, fue descubierto en un túmulo de Strettweg, en Estiria (Austria). En él se manifiestan ciertas influencias del arte griego arcaico.

Landesmuseum Joannéum, Gratz, Austria

Página 28



Este animal, en el que la observación naturalista se une a lo fantástico, adornaba quizá el cuello de un cántaro y es obra de un artesano de hace 2.300 años. Aunque con algo de alce, se trata quizá de un toro, animal importante del bestiario céltico de la Edad del Hierro. La pieza apareció en el mismo sitio que el pájaro reproducido en la portada de atrás.

Moravske Muzeum, Brno, Checoslovaquia
Fotos © Erich Lessing-Magnum, París

Página 29



Cubo de cobre con tres frisos en los que se representan escenas de la vida cotidiana entre los celtas. Descubierto en 1882 en Yugoslavia por un campesino de la localidad de Vace, data del siglo V antes de Cristo. El solar funerario de Vace es uno de los más importantes de la cultura céltica durante el periodo de Hallstatt.

Foto Narodni Museum, Liubliana, Yugoslavia



















Viene de la página 22

criatura el nombre de Blodeuwedd, «Nacida de las flores», y será la esposa de Lleu.

Pero es en este punto donde el poder paternal y masculino de Gwyddyon se ve contrarrestado. En efecto, Blodeuwedd se casa con Lleu, pero encuentra a otro joven del que se enamora y manda matar a Lleu para librarse de la autoridad marital y escapar con su amante. La parte final de la leyenda trata de la venganza de Gwyddyon, quien logra hacer revivir a su hijo, mata al amante de su nuera después de que éste reniega cobardemente de ella y, finalmente, sale en persecución de Blodeuwedd.

Pero Blodeuwedd es una criatura de Gwyddyon, producto de su imaginación, por lo que no puede destruirla sin destruirse a sí mismo. En realidad, su criatura se le escapa. La rebelión de la Muchacha-Flor es una ofensa intolerable a la autoridad masculina; por tanto, Gwyddyon tiene el deber de castigar a la culpable. Pero, no pudiendo destruirla del todo, decide transformarla en buho y confinarla en los dominios de la noche.

Simbólicamente, esta venganza masculina consiste en *ocultar* a la mujer, esconderla en las tinieblas, con todo cuanto esto comporta de culpabilización y de rechazo.

La leyenda de Blodeuwedd, la Muchacha-Flor que intenta zafarse de la autoridad paterna, que se niega a convertirse en Mujer-Objeto y que pretende poseer el derecho a la libertad y a la elección propia del hombre amado, acaba en fracaso.

Es posible que este fracaso sea una imagen de lo que realmente ocurrió no sólo en las sociedades celtas sino también en otras sociedades más cercanas a nosotros. La mujer ha intentado siempre librarse del yugo masculino y recuperar su independencia respecto del hombre.

Pero éste ha pretendido siempre tener derechos de posesión sobre la mujer y, al no poder prescindir de ella, en tanto que madre, esposa o amante, arrojó sobre su condición terribles interdicciones teñidas de culpabilidad. De acuerdo con lo que nos indican sus relatos mitológicos, parece que los celtas eran muy sensibles a este análisis social. Y existe en ellos algo semejante a un pesar, un sentimiento de culpa respecto de una época anterior en la que la mujer detentaba una función más digna de consideración.

La mujer, expulsada, oculta en las tinieblas del inconsciente, no está, sin embargo, muerta. Sigue viviendo, igual de bella y misteriosa, dispuesta a resurgir en cualquier momento a la luz del día, es decir al nivel de la conciencia.

Otra leyenda céltica que encontró terreno abonado en la Bretaña armoricana es la de la Ciudad de Is, que nos demuestra la extraordinaria perennidad de la imagen femenina antigua a través de las superficies confusas de la memoria.

La heroína de esta historia es Dahud, nombre que significa «Bruja Buena» y que es por sí solo revelador. Dahud era la hija del rey Gradlon de Cornualles, quien se hizo construir una maravillosa ciudad a la orilla del mar o, más exactamente, en un bajío (1). Esta ciudad era Is, y estaba protegida de la marea alta por un gran dique.

Según la leyenda ya cristianizada que ha llegado hasta nosotros, Dahud llevaba una vida muy disoluta. Condenada por Dios y por los hombres, probablemente por haber desafiado las leyes patriarcales al convertirse en soberana absoluta de su ciudad, acabó pereciendo, y con ella todos sus súbditos. Un golpe de mar sumergió a la Ciudad de Is. Pero la leyenda añade que Dahud siguió viviendo en el fondo del mar, en su maravilloso palacio, y que allí espera el momento propicio para emerger de nuevo a la superficie de las aguas. Cuando esto ocurra, la Ciudad de Is volverá a ser la más hermosa y rica del mundo.

Como puede verse, el símbolo es aquí sobremanera claro: la soberanía femenina es ocultada, tragada por las aguas, en las tinieblas del inconsciente. Pero el día que emerja a la luz se realizará la armonía en el mundo y los hombres recobrarán el Paraíso Perdido en el que reina, todopoderosa y eterna, la Mujer-Sol, que da la vida y procura el éxtasis de amor.

Esta es la razón de que entre las grandes leyendas célticas encontremos tantas aventuras fantásticas de héroes que parten en busca de la mujer en todos sus aspectos y bajo los rostros más extraños.

En algún lugar del océano, allí por donde el sol se oculta, hay una tierra maravillosa que algunos llaman la Isla de Avalon. Es la isla de los Manzanos. En ella hay árboles que dan fruto durante todo el año, y la enfermedad y la muerte son desconocidas. Caracterizan a esta isla la belleza, la armonía, el color, la riqueza y la fecundidad. Y sus habitantes son sólo mujeres.

Mujeres misteriosas, hadas, divinidades de los tiempos antiguos, que esperan a los héroes bastante audaces para embarcarse en las más locas aventuras. Y los hombres, después de arrojar a la mujer a las tinieblas, se pasan la vida buscando esta *Tierra de hadas*, porque saben que no alcanzarán la dicha más que cuando recuperen su pureza primitiva, la de un paraíso perdido.

La aventura céltica acaba siempre en las orillas de la Isla de las Mujeres.

Jean Markale

(1) La palabra *Is* significa *bajo*. La Ciudad de Is es pues la Ciudad Baja.

EL LIBRO DE KELLS

Como jamás fue invadida por las huestes romanas, Irlanda pudo preservar la lengua, la literatura, el arte y la tradición cultural de los celtas, incluso cuando la religión cristiana sustituyó al paganismo en la isla. Los monjes irlandeses recogieron por escrito la literatura oral vernácula de los celtas, que así vino a ser la más antigua de Europa después de las literaturas griega y latina. La tradición ornamental céltica siguió floreciendo hasta muy entrada la Edad Media bajo el signo del cristianismo. Una de las obras maestras de este magnífico arte céltico cristiano es el *Libro de Kells*, que data de fines del siglo VIII o comienzos del IX. Se trata de un manuscrito iluminado de los Evangelios, de gran formato (33 × 24 cm) y sobre vitela gruesa. Las palabras iniciales de cada Evangelio ocupan una página entera profusamente decorada con la ornamentación intrincada de los viejos motivos celtas a base de volutas y espirales, aves estilizadas y animales y monstruos fabulosos. Reproducimos aquí un detalle ampliado del comienzo del Evangelio según San Marcos. El *Libro de Kells* tenía inicialmente unas 730 páginas, de las que subsisten unas 670, conservadas en el Trinity College de Dublín (Irlanda).

Foto © John Kennedy, Dublin

UN ARTE ENTRE LO REAL Y LO FANTASTICO

por René Joffroy

POR su calidad y su originalidad, el arte céltico merece ser considerado como una de las corrientes estéticas más notables de la historia de la humanidad.

Hablar de arte céltico supone mantener un equívoco que surgió el siglo pasado, al empezar a descubrirse manifestaciones de un arte original, hasta entonces totalmente ignorado. Este equívoco persiste todavía en ciertas obras recientes, en las que se califican de «célticos» monumentos megalíticos construidos varios milenios antes.

Hay especialistas que consideran a los hombres de la Edad del Bronce, es decir los de la primera mitad del segundo milenio antes de nuestra era, como protoceltas. Otros, en cambio, estiman que la aparición de los celtas coincidió con las civilizaciones de la Edad del Hierro, pero la mayoría de los autores están de acuerdo en que sólo cabe considerar como estrictamente céltico el periodo correspondiente a la Segunda Edad del Hierro.

Ahora bien, en ese periodo se produjeron tantos cambios que cabe preguntarse si se trata de la evolución de una misma cultura o si, por el contrario, esas modificaciones dan fe de la influencia de elementos extranjeros o de nuevas poblaciones.

Esta Segunda Edad del Hierro, llamada también de La Tène, ha sido subdividida en varios periodos, habida cuenta de la diversidad de los materiales arqueológicos descubiertos.

¿Cuáles son los antecedentes estéticos del arte de La Tène? En realidad son múltiples, debido a los inmensos territorios que ocupaban los celtas y a los contactos, mucho más numerosos de lo que solía pensarse antes, con las llamadas civilizaciones clásicas y también con el arte de las estepas. Pero parece evidente que el arte de La Tène debe muy poco al de la Primera Edad del Hierro.

Se ha hablado a veces de un corte entre la civilización de Hallstatt y la de La Tène; en arte, hay verdaderamente solución de continuidad. El arte de la Primera Edad del Hierro se basa en un geometrismo rectilíneo, mientras que las dominantes del arte céltico son las curvas convexas y cóncavas enlazadas.

La mayor parte de los objetos son

La belleza formal de los objetos revestía tal importancia para los celtas que fabricaban una simple vajilla de uso doméstico con el mismo esmero que sus más preciados adornos. Su buen gusto y refinamiento les llevaba incluso a enmendar y embellecer artículos importados que, a su juicio, resultaban demasiado modestos. Por ejemplo, este tazón de madera de fabricación griega que los celtas recubrieron con una rejilla de oro (abajo). A los artesanos de la región renana, donde fue descubierto, se les consideraba maestros consumados en la técnica del metal repujado. En la página de la derecha, un detalle de dos collares de oro desenterrados casualmente en 1962 por una excavadora, en Ertsfeld, Suiza. En esas joyas, que datan del siglo IV antes de Cristo (al igual que el tazón), el orfebre celta ha entrelazado criaturas semianimales y semihumanas, conjugando así de manera armoniosa lo real y lo imaginario.



Foto Bildarchiv, Preussischer Kulturbesitz, Berlin

RENÉ JOFFROY, *conservador jefe del Museo de Antigüedades Nacionales de Saint-Germain-en-Laye (Francia), ha realizado numerosas excavaciones en solares prehistóricos y protohistóricos de su país, especialmente en el del oppidum del Mont-Lassois, en Vix (Côte-d'Or); allí descubrió en 1952 la sepultura de un noble que contenía magníficos objetos de origen italogriego. Entre sus obras figuran* La tombe de Vix *(Presses Universitaires de France, 1954),* Les sépultures à char de l'âge du fer *(Picard, 1958)* y L'oppidum de Vix et la civilisation hallstattienne finale dans l'est de la France *(Les Belles Lettres, 1960).*

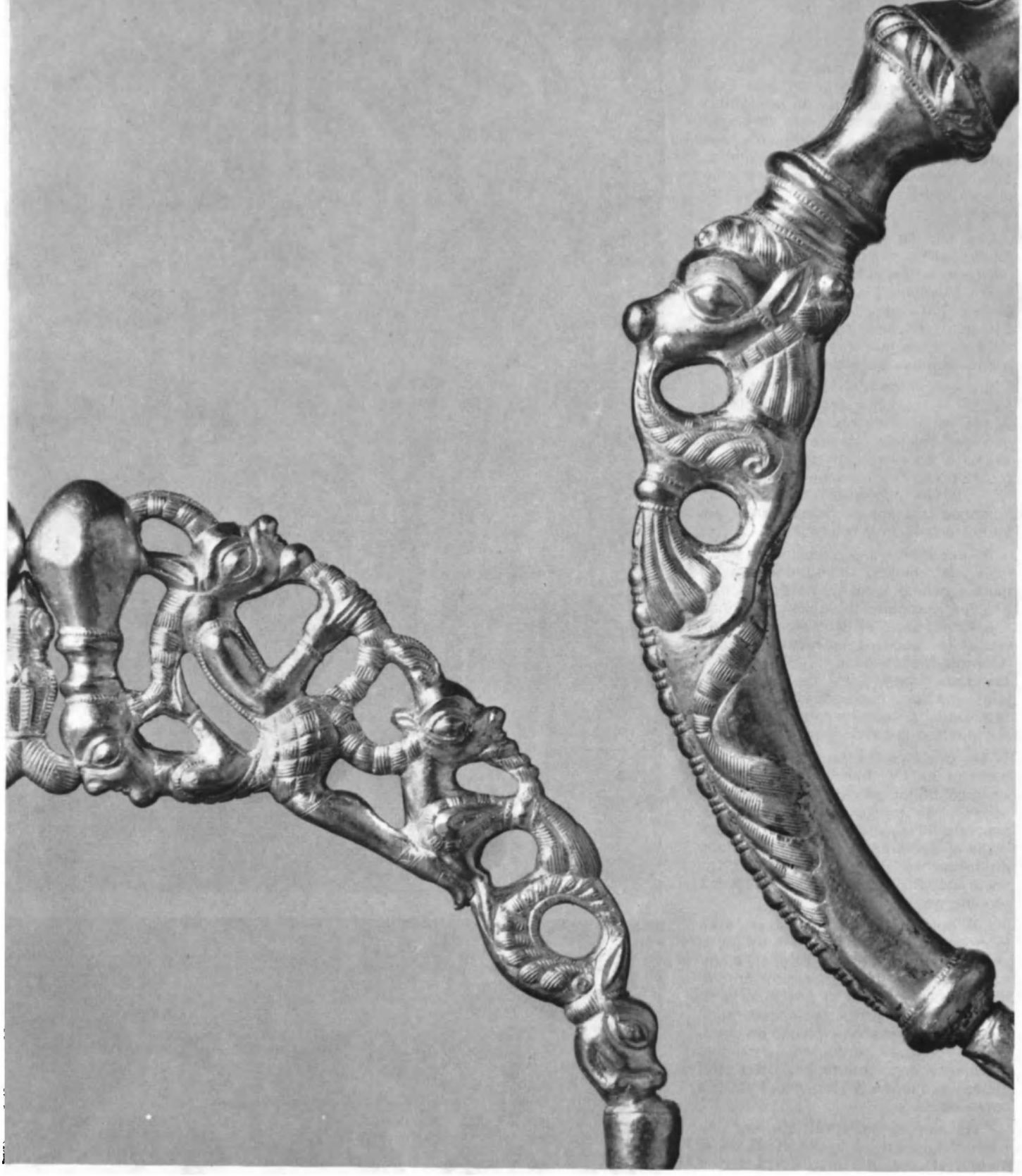


Foto Schweizerisches Landesmuseum, Zurich, Suiza

de uso normal, armas, joyas y cerámicas más o menos decoradas. Con la salvedad de algunas piezas de escultura, localizadas en el sur de Francia y en el valle del Rin, no sabemos prácticamente nada de la arquitectura, por la sencilla razón de que no se empleaba la piedra en la construcción de las viviendas, que eran simples cabañas de madera y de barro y paja.

Cabe intentar una cronología de los diferentes estilos que se sucedieron durante el medio milenio de expansión del arte céltico, cronología que pueda servirnos de hilo conductor para ordenar la infinita complejidad de las manifestaciones de ese arte.

A mediados del siglo V antes de nuestra era, el arte céltico manejaba ya los temas principales que iba a utilizar en lo sucesivo. El mundo griego le había proporcionado un motivo básico, la hoja de palma. Sin embargo, la hoja de palma céltica se diferencia de la griega, en el sentido de que se simplifica y a la vez se complica y se adorna con elementos parásitos que la recargan hasta el extremo de que desaparece su carácter primitivo.

En un primer momento se observa todavía una cierta rigidez o, más exactamente, una simetría; en el siglo IV surgen diversos elementos que se entremezclan, ensamblan y funden para dar origen al llamado estilo de Waldalgesheim (Alemania).

Junto al geometrismo curvilíneo, a veces exuberante, aparecen elementos nuevos, antropomorfos y zoomorfos, que se incorporan a él. Ahora bien, los artistas celtas no sentían respeto alguno por la realidad y deformaban los animales, que se vuelven monstruosos y retorcidos para ajustarse a una decoración cada vez más compleja.

La pureza de líneas y la solidez ▶

ornamental ceden el paso a la flexibilidad, la acumulación y la demasía. Este afán de enriquecimiento de las formas se observa en ciertas copas de origen griego, descubiertas en Alemania, que para sus poseedores celtas resultaban poco suntuosas, por lo que les añadieron láminas de oro en su superficie externa.

Esta técnica de aplicación de rejillas de oro es la empleada en un cuenco de madera descubierto en Schwarzenbach (Alemania) y en el *oenochoe* (ánfora para el vino) de Eygenbilsen (Bélgica). En las joyas de oro, los collares y las pulseras hay una asombrosa variedad de estilos.

En el cantón de Uri, en Erstfeld (Suiza), el reciente descubrimiento de varios collares de oro nos ha dado a conocer nuevas manifestaciones de ese arte, en el que los elementos imaginarios van unidos a un notable sentido de la composición: monstruos humanos y animales deformados, que se entremezclan y retuercen.

Al penetrar las producciones metálicas del mundo italogriego en el mundo céltico, que las apreciaba mucho, en particular la vajilla de bronce —ánforas para el vino *(oenochoes)*, sítulas (o cubos)—, se recargaron con adornos, aplicándose por ejemplo a los *oenochoes* fajas de oro repujado e incluso copiándose a veces el recipiente, si bien la imitación supera al modelo original.

Así, por ejemplo, un *oenochoe* descubierto en Dürrnberg (Austria) tiene un pico trilobulado de factura céltica, adornos de follaje en sus lados, un asa que lleva en su base una cabeza humana enmarcada en unos motivos en forma de S y, en el borde, dos cuadrúpedos imaginarios cuya cabeza termina en una larga trompa.

Los dos *oenochoes* descubiertos en Francia, en Basse Yutz, cerca de Metz, son ciertamente los más bellos ejemplos de arte céltico de inspiración clásica pero adaptados al gusto bárbaro. Las vasijas están ricamente decoradas con pequeños discos y placas de coral, el asa tiene la forma de un animal extraño, y en el borde hay otros animales pequeños y tan monstruosos como aquél.

Este empleo del coral, que era una materia ignorada o despreciada en el mundo clásico, fue muy corriente en el arte céltico como ornamento de múltiples objetos. Más tarde, al acaparar los mercados de Extremo Oriente la producción del coral mediterráneo, hará sus veces el esmalte rojo, que hasta el final de la época de La Tène será utilizado con gran frecuencia.

Los carros de combate —pequeños vehículos de madera, ligeros, con dos ruedas y tirados por dos caballos— llevaban unos discos de bronce calado que dan fe de la gran destreza técnica de los artistas celtas, capaces de convertir el metal en finas rejillas y en verdadero encaje.

Ciertas tumbas del Marne, en particular las que contenían el cuerpo del

SIGUE EN LA PÁG. 37





Salzburger Museum, Salzburgo, Austria
Fotos © Erich Lessing-Magnum, Paris



Cántara celta para vino griego

Los celtas tenían fama de ser grandes bebedores. Gracias a sus relaciones comerciales con el mundo mediterráneo, importaban de Grecia vino que llegaba por el puerto de Massilia (Marsella), entre otros. La forma y la decoración de sus recipientes son notables por su finura y elegancia, como atestigua este magnífico *oenochoe* o cántara de vino, de bronce, encontrada en Dürrnberg (Austria), que data aproximadamente de fines del siglo V antes de nuestra era. La juntura superior del asa representa el cuerpo arqueado de un monstruo (arriba) que devora una cabeza humana; la juntura inferior (arriba a la izquierda), una cabeza rodeada de volutas. A ambos lados del gollete, un animal fantástico (a la izquierda) cuya cabeza y cuya cola se prolongan formando espirales. Sobre su lomo se perfila un pájaro.



Foto © Museo Británico. Londres

1



Foto © Belzeaux-Zodiaque

2

Joyas de sueño

Entre los celtas, tanto los hombres como las mujeres eran muy aficionados a las joyas. Joyas célticas de épocas, estilos y metales diferentes han aparecido de un extremo a otro de Europa. 1) Torques o collar galo —adorno preferido de los celtas— formado por ocho cuerdas entorchadas, de una aleación natural de oro y plata, hallado en Snettisham, Inglaterra. 2) Broche de bronce, de unos 4 cm de diámetro, con motivos calados (Bussy-le-Château, Francia). 3) Detalle de un brazalete de oro (Waldalgesheim, Rep. Fed. de Alemania). El estilo, sumamente particular, de la decoración a base de formas ovoides, espirales y arcos, delata quizás una influencia escita que, según algunos especialistas, fue asimilada por un solo orfebre, ese hipotético «Maestro de Waldalgesheim» que al parecer vivió junto al Rin a fines del siglo IV antes de nuestra era. 4) Brazalete de oro, del siglo III antes de Cristo, encontrado en Aurillac (Francia); pese a cierta semejanza con algunas formas vegetales, los motivos decorativos son abstractos. 6) Aro de bronce (París). Data del siglo III y está adornado con tres máscaras humanas que pueden representar versiones galas del rostro de Cuchulainn, héroe épico de Irlanda. 5) Fíbula de bronce (Manetin, Checoslovaquia); el personaje mide 8,8 cm de alto. Es posible que originariamente tuviera incrustaciones de coral en los agujeros del cuerpo y de los pies.



Gabinete de Medallas, Biblioteca Nacional, París - Foto © Belzeaux-Zodiaque

4



6

Musée des Antiquités Nationales, Saint-Germain-en-Laye, Francia
Foto © Belzeaux-Zodiaque

Rhein-Landesmuseum, Bonn, Rep. Fed. de Alemania
Foto © J.V.S. Megaw, Reino Unido



3



5

Zapadoceské Muzeum, Pilsen, Checoslovaquia
Foto © tomada de *Art of European Iron Age*, por J.V.S. Megaw, Nueva York, 1970

jefe, enterrado en su carro de combate, encerraban espléndidos ejemplos de ese arte. En unas placas caladas y triangulares, que sirvieron quizás de extremidades de un pértigo, hay un dibujo en forma de dos eses contrapuestas como una lira, mientras unos bastoncillos de coral realzan la base.

En algunas tumbas se han encontrado cascos cónicos de chapa de bronce que llevan hojas de palma grabadas o perlas de coral. El más bello de todos es, sin embargo, el de Amfreville-sous-les-Monts, en Calvados (Francia). Es más tardío y consiste en una especie de solideo de bronce con una franja de oro estampada y un dibujo de trisceles, que son unas figuras ternarias con espirales, típicamente célticas.

Al hablar del arte céltico no cabe pasar por alto la impresionante masa de joyas de bronce, entre las que abundan los collares, las pulseras y las fíbulas.

Las pulseras, que han aparecido tanto en las tumbas femeninas como en las masculinas, consisten en una varilla lisa o con espirales y unos trazos grabados, paralelos u oblicuos. Las más de las veces están abiertas, con unas extremidades que se unen o que terminan en unas protuberancias llamadas tacos. En ciertos casos, la varilla está calada en forma de anillos.

Los collares rígidos están constituidos por una barra de metal, habitualmente de bronce, que termina en unos tacos más o menos voluminosos, a veces huecos, en cuya periferia hay un dibujo retorcido, con múltiples eses o espirales en relieve. A principios de la Segunda Edad del Hierro los llevaban las mujeres pero, más tarde, parece que quedaron reservados a los héroes o a los dioses, como ciertos voluminosos ejemplares de oro, por ejemplo el de Mailly-le-Camp, descubierto hace poco en Champaña y conservado actualmente en el Museo de Antigüedades Nacionales de Francia.

Los vestidos se abrochaban con fíbulas, que llevaban unos adornos tan variados como refinados. En las de Champaña, los motivos son relativamente sencillos; en cambio, en Europa central conocemos toda una serie de las llamadas «fíbulas con máscaras», en cuya confección los artistas celtas daban rienda suelta a su imaginación: animales imaginarios, unidos a representaciones antropomórficas que son casi caricaturas, un mundo irreal, fantasmagórico en el que cohabitan la realidad y una visión onírica, el naturalismo y una galería de seres prodigiosos.

Las representaciones cefalomórficas —es decir en forma de cabeza— parece que tenían, además de su intención puramente estética, un sentido mágico o religioso. Se ha podido incluso hablar de una «exaltación de la cabeza», debido a la reiteración de este motivo en joyas y discos ornamentales.

Este rito se observa también en la arquitectura: el pórtico de un santuario descubierto en Roquepertuse (Bouches-du-Rhône), en Francia, y conservado actualmente en el Museo Borely de Marsella, aparece adornado con unos alveolos que contienen todavía cráneos humanos. Se trata de un testimonio excepcional, dado que los celtas no construían con materiales duraderos, y tan sólo después de la conquista romana se generalizó el empleo de la piedra.

Parece, sin embargo, que los «galos», o celtas de Galia, realizaron obras esculpidas. César habla, en efecto, de *simulacra*. ¿Se puede interpretar esta palabra en el sentido de estatuas? En Francia no se ha descubierto hasta ahora ninguna estatua de piedra anterior a la conquista, pero en Alemania hay columnas adornadas con cabezas humanas (Pfalsfeld, Holzgerlingen).

Pese al gran número de tumbas conocidas, no poseemos ninguna escultura gala; tan sólo en Provenza, sin duda por influencia de los ligures, ha aparecido, además del santuario de Roquepertuse, la representación de una divinidad bicéfala, una especie de Jano de labios finos y nariz rectilínea.

En Msecke Zehrovice (Checoslovaquia), se ha descubierto en una especie de cercado dedicado al culto una curiosa cabeza de guerrero de ojos saltones, rostro aplastado y bigotes y cejas extrañamente incurvados en forma de volutas (Museo de Praga). El collar del guerrero permite fechar esta extraña cara en el siglo I antes de nuestra era, pero la influencia de este arte original se prolongó mucho después de la conquista, ya que se han decubierto ídolos de piedra o de chapa de bronce en zonas puramente galorromanas. Citemos, entre otros, el Dios de Euffigneix (Haute-Marne), en Francia, que lleva un collar de tacos y es una estatuilla de piedra caliza. En su pecho está representado un jabalí y en sus costados pueden verse un ojo y una oreja. ¿Se trata quizás de un dios cazador?

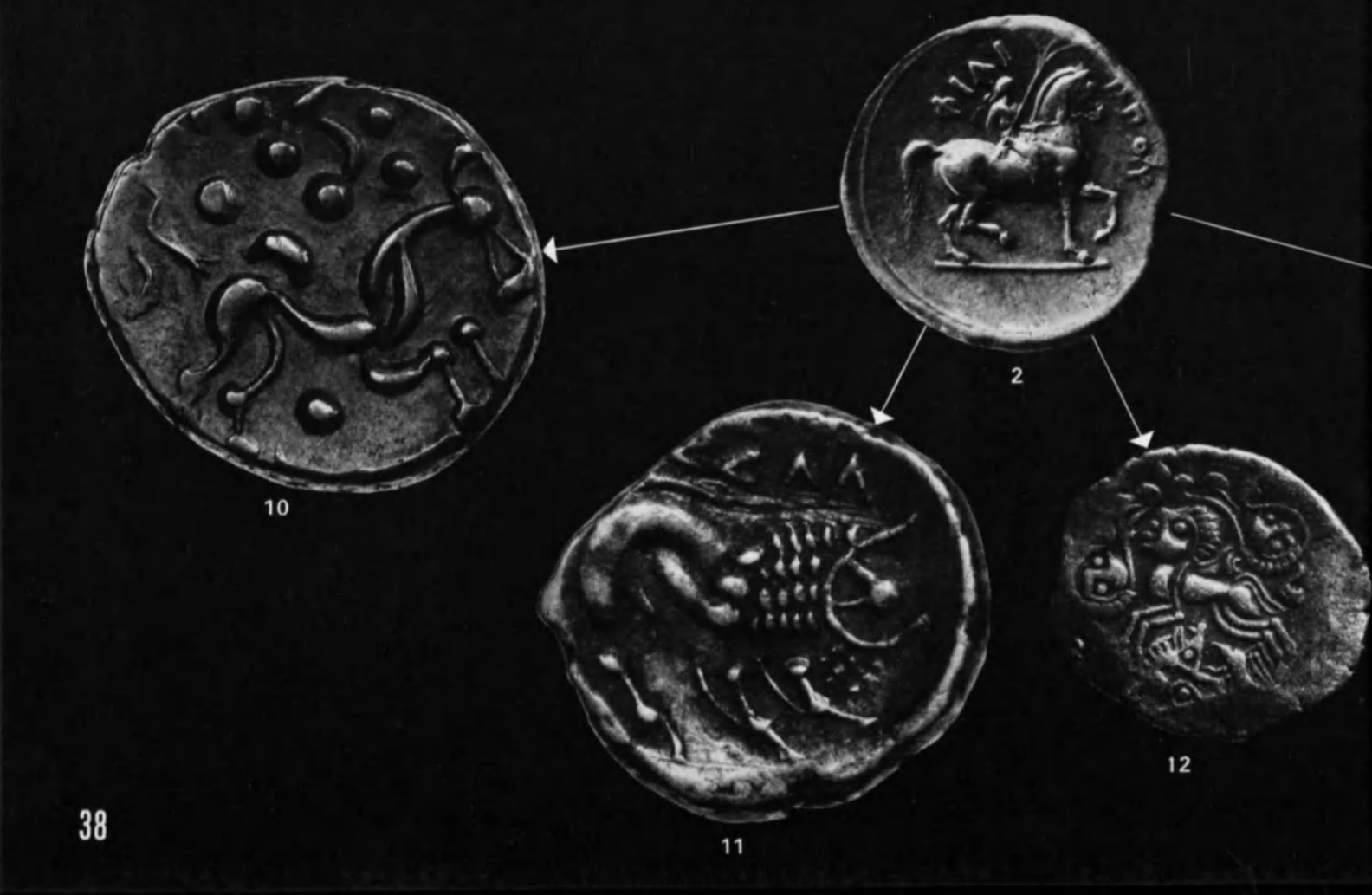
La estatua, conocida con el nombre de Dios de Bouray, consiste en dos casquetes de chapa de bronce. La divinidad está representada en cuclillas y sus pies parecen terminar en pezuñas; los ojos, esmaltados, confieren una cierta fijeza a la cara. Por desgracia, esta obra notable no ha aparecido en un solar arqueológico sino en el lecho de un río.

Las representaciones de figuras son, sin embargo, una excepción. Los celtas no solían dar forma humana a sus dioses. Cuando el jefe celta Breno saqueó los templos de Delfos en el año 278, se escandalizó viendo que las imágenes de los dioses tenían forma humana, lo cual era para él un verdadero sacrilegio. En efecto, si bien los galos adoraban las fuerzas de la naturaleza, sólo las representaban de un modo simbólico. Así, por ejemplo, se ha pensado que las ruedas y las espirales representaban el rayo, y los

SIGUE EN LA PÁG. 40



LAS MIL Y UNA CARAS DEL ARTE





5



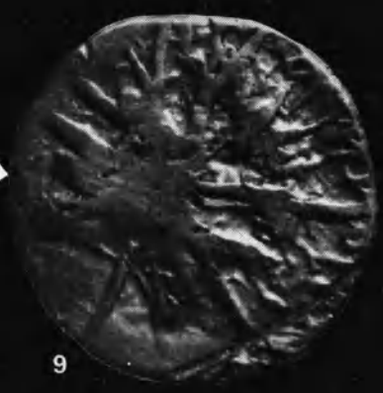
7



6



8



9

DE ACUÑAR MONEDAS

El arte céltico tiene en la acuñación de monedas una de sus expresiones más notables. Los artistas celtas tomaron como modelos las monedas griegas, pero los motivos helenísticos clásicos se transformaron rápidamente en una imaginería típicamente céltica. Por extraño que parezca, hasta hace poco no se había reconocido la belleza y la originalidad de las monedas célticas.



13

CABEZAS

Las monedas de la parte superior de esta página muestran como se modifica una cabeza de dios griego, tal como aparece en una moneda de plata (1) acuñada por Filipo II de Macedonia en el siglo IV antes de nuestra era. La representación realista se transforma en un revoltijo de volutas y curvas ; la cabellera se representa mediante una serie de espirales y contraespirales cuyo volumen se expande a expensas del rostro (3, 4 y 5) o adopta la forma de hojas de bulbo (7). La cabeza estalla en multitud de fragmentos (6 y 9) o presenta el aspecto de un extraño jeroglífico (8).

CABALLOS

Las monedas de la media página inferior nos presentan a su vez la metamorfosis del caballo, uno de los motivos preferidos del arte céltico. El modelo clásico (n° 2, que es el reverso de la moneda n° 1 de arriba) se desintegra en puntos y triángulos, comas y signos de exclamación, patas desarticuladas y cuerpo ovoide, formando una soberbia combinación de formas semiabstractas (10, 12 y 13) y abstractas (11). En la moneda número 12 un centauro (figura mitológica de caballo con cabeza de hombre) se resuelve en una explosión de volutas y curvas, a inconmensurable distancia de su modelo griego.

Fotos 1, 2, 4 y 9, Hotel de la Monnaie, Paris. 5, 6, 7, 8, 10, 11 y 13 Biblioteca Nacional, Paris. 3 y 12 Jean Suquet, Paris.

trisceles la protección mágica del número 3.

También el caldero de Gundestrup (Museo Nacional de Copenhague) plantea problemas. Este gran recipiente, fabricado con placas de plata, fue encontrado en una turbera de Dinamarca y su ornamentación recuerda toda la mitología gala. Los especialistas discrepan sobre su antigüedad. Hay quienes piensan que es del siglo I antes de Cristo, mientras para otros pertenece a la era cristiana.

Los artistas celtas demostraron su talento sobre todo en la fabricación de monedas.

En un primer momento, esas monedas son imitaciones de la estatera de oro de Filipo II de Macedonia (356-336 antes de Cristo). En una de sus caras hay una cabeza de Apolo coronada de laurel y en la otra la «biga», o carro de dos caballos, alusión a los juegos olímpicos en los que habían triunfado los carros de Filipo.

A partir de este prototipo se fueron «celtizando» los motivos: la cabellera se convierte en un torbellino de volutas, trenzas salpicadas de perlas y copiosos bucles; se ensancha el ojo y se multiplican los símbolos y tópicos del arte celta clásico: espirales, ruedas y trisceles. El caballo, desarticulado primero, se recompone en diversas criaturas irreales, androcéfalas, o es sustituido por el jabalí, el pájaro y la serpiente.

Cada tribu tiene sus propios motivos, y el estudio de las monedas celtas resulta a menudo difícil porque su esoterismo sólo parece inteligible para los iniciados.

Cada una de esas monedas es en sí misma un compendio de ese arte que supo unir armoniosamente el geometrismo curvilíneo con la exuberancia vegetal y las figuras irreales, en un derroche de elementos lineales, dispuestos con gran libertad. Se trata de un arte ornamental que ignora la tercera dimensión y que, pese a sus variantes locales, influyó considerablemente en Europa occidental llegando hasta Irlanda, país que escapó al dominio de Roma y de donde volverá, por una especie de onda de choque, en el siglo IX, gracias a los misioneros irlandeses, contribuyendo a enriquecer las fuentes del arte románico.

René Joffroy



Foto Moravske Muzeum, Brno, Checoslovaquia

Desde Hungría hasta Irlanda, en numerosas regiones de población celta se han encontrado diversos objetos en los que pueden verse dos rostros en dirección opuesta. Es muy posible que los celtas de la Edad del Hierro vieran en tales figuras el símbolo de la vida y de la muerte: un rostro vuelto hacia el mundo de los vivos y el otro hacia el Más Allá. A veces (a la derecha) las dos caras están esculpidas en la parte anterior y posterior de una misma cabeza, como en esta escultura de piedra del siglo II antes de nuestra era (23 cm de alto) encontrada en Badacsony-Labdihegy, Hungría. Otras veces aparecen dos rostros gemelos juntos, como en el objeto de bronce reproducido arriba, descubierto en Brno, Checoslovaquia. Se trata de un fragmento de un vaso y data del siglo III antes de nuestra era.

LA EUROPA ORIENTAL DESCUBRE SU PASADO CELTA

«*TRAS abandonar Irlanda, después de la conquista anteriormente descrita, Lobath y su pueblo se instalaron en las islas del norte de Grecia. Allí permanecieron hasta que sus hijos y parientes fueron numerosos. Aprendieron el druidismo y muchas otras artes en las islas que habitaron hasta que fueron instruidos, doctos y consumados en esos conocimientos. Se los llamaba Tuatha De, o Pueblo de la Diosa.*»

Este fragmento pertenece al antiguo Libro Irlandés de las Invasiones, obra que enumera todos los pueblos que fueron a instalarse en Irlanda y que contiene, junto a una rica mitología, una gran cantidad de datos históricos. En la tradición antigua hay frecuentes e importantes alusiones a una relación entre Irlanda y el este de Europa, y las investigaciones arqueológicas que se están realizando en esa isla ponen cada vez más claramente de manifiesto la veracidad histórica de esa gran compilación de antiquísima literatura.

La controversia sobre los celtas no es nueva. Durante generaciones ha constituido un complicado tema de discusión entre especialistas, y aun no se ha llegado a una solución. Ya en 1934 el eminente arqueólogo francés Henri Hubert escribía:

«Es en las islas y penínsulas del extremo occidental de Europa donde todavía se hablan las lenguas célticas. El dilema es el siguiente: ¿sobrevive la civilización céltica en el confín occidental del mundo celta porque allí arraigó más sólidamente, o bien porque fue empujada hacia allá? ¿No es justamente en esas regiones donde hemos de buscar la zona principal de asentamiento de la población celta, su origen, su tipo más puro? Ya aquí, en el planteamiento mismo de un problema erizado de dificultades, surge la primera contradicción.»

Y esa contradicción sigue sin resolverse. La atención de los estudiosos se ha enfocado principalmente sobre los celtas del mundo occidental, en detrimento de sus hermanos del este de Europa. Pero, ahora, el renovado interés por sus orígenes, unido al perfeccionamiento de las técnicas científicas y lingüísticas, incita a los países de Europa oriental a estudiar su pasado celta y a tratar de determinar la contribución de éste a la formación de la cultura propia de cada uno de ellos. Conferencias tales como el coloquio internacional organizado por la Unesco en Hungría en mayo de 1974, con el fin de estudiar el mundo céltico oriental, son de inapreciable valor. En ellas los especialistas tienen la posibilidad de reunirse y de intercambiar los resultados de sus trabajos de investigación y las conclusiones a las que han llegado en tan apasionante campo de estudio.

Hubo sin duda una homogeneidad fundamental en todo el vasto mundo celta, pero es natural que existieran variantes y características regionales. Y es en el este de Europa donde se están efectuando al respecto los descubrimientos más significativos.

A partir del año 400 antes de nuestra era, los celtas llegaron a constituir la fuerza dominante en las regiones situadas al norte de los Alpes, desde Francia hasta Hungría. Y fue en el este donde se fabricaron algunas de las obras más delicadas de metalistería, en las que se advierte el genio de los artistas celtas para el cincelado en relieve.

Uno de los objetos rituales más sorprendentes que hayan creado jamás los celtas es el caldero de plata encontrado el pasado siglo en Gundestrup, Jutlandia (Dinamarca), que fue sin duda desmontado y abandonado deliberadamente como ofrenda votiva en una turbera. Está trabajado con sumo primor y todos los motivos ornamentales son de carácter religioso. Las placas exteriores se hallan decoradas con imágenes de diversos dioses y diosas, y las interiores con escenas de leyendas relativas a su culto. En el fondo del caldero se representa el sacrificio del toro divino, rito importante de la religión céltica. Todas estas divinidades y sus atributos son comunes al inmenso territorio sobre el cual esa religión se extendía.

El caldero data de los años 200 a 100 antes de la era cristiana. Inicialmente se supuso que provenía de Galia y que fue llevado a Dinamarca ▶



Museo Balaton, Keszthely, Hungría. Foto © Gelencser Ference, Budapest



1

Foto Museo Nacional, Copenhague

EL TESORO DE GUNDESTRUP

La leyenda de los celtas en un caldero de plata



2 Foto © Erich Lessing-Magnum, París



Foto © Roger Ayral

Entre las obras de arte de la Europa protohistórica que han llegado hasta nosotros, pocas han suscitado tantos estudios y controversias como el célebre caldero de plata encontrado en 1891 en Gundestrup, Jutlandia (Dinamarca), que se conserva en el Museo Nacional de Copenhague (foto 1). Durante algún tiempo se supuso que el caldero provenía de la Galia, pero los especialistas han llegado hoy a la conclusión de que fue fabricado en algún taller de la Europa oriental céltica —posiblemente en Hungría— hacia el siglo I antes de nuestra era. Es probable que el caldero fuera un trofeo de guerra llevado a Dinamarca y arrojado, como ofrenda, en la turbera donde fue hallado. Tiene 70 cm de diámetro y está formado por placas de plata

3



4

Fotos © Erich Lessing-Magnum, París



Fotos © Erich Lessing-Magnum, París

5

repujada con innumerables figuras de hombres, animales y personajes imaginarios cuyo simbolismo no ha podido ser desentrañado todavía. Una de las figuras más notables del caldero es este personaje que lleva un casco con cuernos (5), corriente entre los celtas. Otro personaje con cuernas de ciervo (2), sostiene en una de sus manos una serpiente y en la otra un torques; entre los animales que lo rodean puede verse un delfín cabalgado por un hombre. En otra escena (3) un gigante sumerge a un personaje en una especie de cubo que quizá representa el propio caldero maravilloso considerado como fuente de la abundancia. Finalmente (4) una deidad blande dos animales con figura de dragón.

con algún propósito en torno al cual sólo caben conjeturas. Pero aunque esta obra de arte delata una fuerte influencia céltica, hay en ella un elemento extraño a la tradición gala. Los especialistas que han venido estudiando durante años la magnifica pieza de orfebreria han llegado finalmente a la conclusión de que su origen no se encuentra en la Europa céltica de occidente sino en algún taller importante del mundo céltico oriental —posiblemente Dacia, quizás Hungria—y, en todo caso, de un país familiarizado con las ideas religiosas propias de los celtas occidentales.

Entre los tesoros descubiertos en los confines orientales del mundo céltico figuran magníficas colecciones de vasijas de cerámica aparecidas en varios túmulos funerarios de Sopron, Hungría. Estas vasijas, que datan de fines del siglo VII antes de Cristo, presentan un interés particular, no por el valor del material de que están hechas sino por su decoración. En efecto, ésta consiste en figuras grabadas por incisión que nos permiten hacernos una idea clara de la vida cotidiana en esa interesantísima región donde los celtas del este y los del oeste parece que convivieron y desarrollaron su peculiar estilo artístico. La cerámica hallada en Sopron nos proporciona algunos indicios sobre las costumbres y actividades de los europeos de la época de Hallstatt, poniendo una nota de humanidad en los pelados huesos de la arqueología y en las confusas regiones de la mitología.

En estas vasijas podemos ver hombres que luchan entre sí, vestidos con los pantalones característicos del mundo bárbaro que llegaron a constituir, junto con el manto suelto, la vestidura típica de los celtas del periodo de La Tène; mujeres con faldas acampanadas que luchan también unas con otras recurriendo al arma conocida de todos los tiempos de tirarse de los pelos; una pareja de amantes que se separan apesadumbrados; mujeres de cabello ensortijado que hilan y tejen, vestidas con trajes en forma de A bajo los cuales pueden verse pantalones como los que solían llevar las inglesas de la época victoriana, y adornadas con campanillas; otras que bailan con los brazos levantados, en ademán de éxtasis, igual que en las primorosas figurillas de bronce del santuario druídico de Neuvy-en-Sullias, en las orillas del Loira (Francia), que datan de 500 años más tarde; una mujer que tañe la lira, instrumento favorito de los celtas según los autores clásicos; otra que, vestida también con una falda acampanada y pantalones estrechos, cabalga un caballo encorvado. Y hasta podemos admirar una escena funeral, con un féretro de cuatro ruedas.

El valor de estas vasijas de Sopron es inestimable, toda vez que pertenecen a una época sobre la cual los escritos clásicos no suministran datos suficientes para completar los descubrimientos arqueológicos y de la cual con excepción de las notables muestras de ropas y prendas de vestir des-

cubiertas en las minas de sal de Hallstatt, poco queda en cuestión de tejidos para que nuestra imaginación pueda cubrir los esqueletos que los arqueólogos extraen de la tierra.

La civilización celta no tuvo como límite las márgenes occidentales del mar Negro. Los celtas se diseminaron por el Asia Menor en el año 278 antes de nuestra era. Allí establecieron la poderosa confederación gálata que estaba formada por tres tribus del norte de Galia: los tectosagos, los trocmios y los tolistoboios. Estas poblaciones conservaron su carácter tribal y su lengua céltica, y San Jerónimo, en el siglo IV, comenta en sus escritos la pureza de su lenguaje. Tito Livio hace referencia a las fortalezas erigidas en lo alto de las colinas —rasgo característico de la civilización céltica—y en recientes excavaciones se han sacado a luz por primera vez algunas de ellas. Ciertos gálatas alcanzaron puestos de gran prestigio y poder, llegando a ser sacerdotes de los emperadores romanos en el siglo I antes de nuestra era, dignidad para la que se requería poseer una considerable fortuna personal.

Pero volvamos al punto de partida. Los romanos llamaron a los habitantes de la Bretaña armoricana y de Gran Bretaña los *veneti*, término en el que se contiene la palabra irlandesa *fine*, que significa tribu o familia. Otro pueblo, del que sabemos muy poco, ocupó la rica región del norte del Adriático. También eran conocidos con el nombre de *veneti*, pero, a juzgar por las descripciones de los autores clásicos, se distinguían de los celtas del continente europeo por su lengua y por su manera de vestir. Y «de ellos contaban los poetas muchas historias maravillosas». Cabe preguntarse si ese pueblo enigmático no eran los celtas goidélicos, cuyo origen constituye un misterio y de los que sólo se tiene noticia en la antigua Irlanda. Los irlandeses vestían túnicas y no pantalones, y hablaban una forma del celta diferente del britano y del galo, aunque emparentada con estas lenguas. Eran, además, célebres por su rico repertorio de cuentos y leyendas.

Las dificultades con que tropiezan quienes se esfuerzan en desentrañar los milenarios secretos del antiguo mundo céltico son enormes, pero no insalvables. Tal vez sea un error aferrarse al término «celtas» en lugar de considerar a los primitivos europeos en su conjunto. De todos modos, hay algo innegable. El trabajo de colaboración e intercambio de conocimientos entre los especialistas en las diversas ramas de las disciplinas pertinentes, unido a una mejor evaluación de la importancia del material arqueológico que la Europa oriental ofrece a nuestras investigaciones, puede contribuir no sólo a resolver cuestiones tales como la de quiénes eran los celtas o cuándo y dónde se diferenciaron las dos ramas principales de ese pueblo, sino brindarnos una comprensión más clara de nosotros mismos y de nuestra moderna comunidad europea. ■



Los celtas eran admirables constructores de fortificaciones, tanto si se trataba de pequeños fuertes de tipo familiar como de ciudades. Y éstas eran a veces muy extensas. Una ciudad céltica como la de Bibracte, en Francia, abarcaba 135 hectáreas (compárese con las dos hectáreas de la antigua Troya). En la página siguiente puede verse el plano exterior de la localidad (o del «oppidum», como decían los romanos) de Heuneburg, (Rep. Fed. de Alemania), edificada en el siglo VI antes de Cristo. Sus constructores planificaron la ciudad reservando barrios y edificios para los comerciantes y los artesanos. Para protegerla, erigieron primero empalizadas de madera y terraplenes reforzados y, posteriormente, una muralla de ladrillo (línea blanca gruesa a la izquierda del plano) y una serie de torres cuadradas (a la derecha). En la otra foto puede verse una llave de bronce del siglo I a. de J.C., procedente del oppidum de Trisov, en Checoslovaquia.

Foto Museo Nacional, Praga, Checoslovaquia

LAS CIUDADES QUE COMBATIO JULIO CESAR

por Wolfang Dehn

WOLFGANG DEHN, *historiador alemán y miembro del Instituto de Arqueologia de la República Federal de Alemania, perteneció al departamento de prehistoria del Landesmuseum de Tréveris y dirige actualmente el de la Universidad Philipps de Marburgo. Es miembro correspondiente de los Institutos de Prehistoria de Gran Bretaña y de Italia. Ha publicado numerosos trabajos sobre la historia de los celtas en Renania.*



Dibujo tomado de *Kölner-Römer Illustrierte* - Historische Museen der Stadt, Colonia

CON la conquista de las Galias por Julio César entre los años 58 y 51 antes de nuestra era, tras una serie de campañas que distaron mucho de ser fáciles, el Imperio Romano adquirió una de sus provincias más ricas y hermosas. La Galia abarcaba entonces la Francia actual, Bélgica, los Países Bajos hasta el Rin y Suiza. La habitaban los celtas, a quienes los romanos llamaban galos. Pero el territorio céltico se extendía mucho más allá de las fronteras de la Galia, comprendiendo incluso gran parte de Europa central.

Jamás hubo un Estado celta. Las diferentes tribus, a cuya cabeza se encontraban reyes, jefes u oligarcas, poseían una lengua común y, aunque a menudo combatían entre sí, se hallaban unidas por numerosas costumbres, hábitos y formas de vida cotidiana.

En sus *Comentarios a la guerra de las Galias*, Julio César pone frecuentemente de manifiesto la ayuda considerable que le prestaron los *oppida* o plazas fuertes de los galos. Eran estos oppida centros de aprovisionamiento, refugios para el invierno o durante la retirada de los ejércitos y, al mismo tiempo, sitios en los que se concentraba la rivalidad de los grupos aborígenes, ya que generalmente era la suerte de toda la tribu la que estaba en juego si los oppida o el oppidum central se rendían a los invasores.

De los comentarios de Julio César se desprende claramente que los oppida constituyeron en realidad las primeras ciudades de las Galias; de ahí que tenga razón sobrada para emplear ese término latino que significa villa, ciudad e incluso ciudad fortificada.

Los oppida no eran solamente centros administrativos, puntos donde se cruzaban rutas regionales o lugares de reunión de las tribus. Eran también centros económicos de orgullosos artesanos y comerciantes, aunque en su mayoría sus habitantes eran «burgueses campesinos», es decir agricultores establecidos en un burgo por razones de seguridad. Finalmente, la vida religiosa, con sus lugares reservados al culto y con sus sacerdotes, desempeñaba una función importante en la villa.

Según la tradición antigua, César conquistó varios centenares de ciudades galas. Se trata seguramente de una exageración, pero no es fácil exagerar el número de los oppida.

Cuando huyendo de los germanos los helvecios abandonaron sus tierras (la Suiza actual), en el año 58 a. J.C., quemaron siguiendo instrucciones de César doce oppida, 400 aldeas y una multitud de granjas para impedirse a sí mismos cualquier posibilidad de retirada. Los bitúrigos poseían, además de su capital comarcal Avaricum (hoy Bourges) —de la que se dice que era la ciudad más hermosa de toda la Galia—, por lo menos otros veinte oppida. Estas cifras hablan por sí solas.

Los oppida citados por César estaban casi siempre tan bien situados que, tras el desarrollo que experimentaron bajo la dominación romana, sobrevivieron a los trastornos de la Alta Edad Media, desempeñando, incluso hasta nuestros días, un papel de importancia en la historia de las ciudades. Tal es el caso de París —el primitivo oppidum de los parisios, situado en una isla del Sena llamada Lutetia Parisiorum— y de otras muchas ciudades como Ginebra (Genava), Orleans (Cenabum), Amiens (Samarobriva), etc.

Otros oppida fueron abandonados o se desplazaron, en la época de los ▶



Foto © Aerial Photography, Universidad de Cambridge, Reino Unido

romanos, debido a ciertas modificaciones de la vida económica o a los cambios en las vías de comunicación. El ejemplo más conocido es el de Bibracte (Mont-Beuvray, en la región de Morvan), centro urbano de los eduanos, cuyos habitantes, bajo el reinado de Augusto, fueron desterrados a la villa de Augostodunum (hoy Autun), situada al este del valle del Arroux y que acababa de ser fundada.

De la antigua ciudad no subsistieron sino un santuario, actualmente convertido en capilla, y un mercado famoso que aun seguía en actividad hace unos cuantos decenios.

Cuando los comentarios de César coinciden con los resultados de las investigaciones arqueológicas modernas, la imagen de los oppida galos surge con mayor claridad aun.

Por ejemplo, Vesontion (hoy Besanzón), centro urbano de la Sequania, se hallaba particularmente protegido por la naturaleza. En efecto, el río Doubs forma una especie de herradura que rodea a la ciudad por tres lados, mientras una alta montaña cierra el paso por el cuarto.

Esta montaña, bordeada por una muralla, era como una ciudadela que protegía la ciudad baja. Quienquiera que desde lo alto de uno de los fuertes exteriores de Besanzón haya contemplado la ciudad a sus pies, no podrá menos que coincidir con la descripción hecha por Julio César. En el centro de la ciudad actual, dondequiera que se excave el suelo se encuentran numerosas huellas de la presencia celta: casas de madera, cerámica y otros utensilios domésticos.

Otro ejemplo más patente aun es el de Bibracte, ciudad antes citada, que al parecer fue la capital de los eduanos: la villa era, con mucho, la mayor y más rica de los oppida de esta tribu céltica.

En aquellos tiempos el lugar debía de ofrecer tantos atractivos que el propio César, en el último año de su permanencia en las Galias, instaló allí sus cuarteles de invierno, aunque la ciudad —situada sobre una colina de 800 metros de altura— era constantemente azotada por los vientos. En cambio, disponía de excelentes vías de comunicación con el valle del Ródano y del Saona y con el del Loira.

Las excavaciones de Mont-Beuvray se iniciaron en el siglo XIX. Esta localidad se extiende apenas sobre unas 100 hectáreas de terreno ondulado.

Según la costumbre celta, estaba rodeada por una fuerte muralla de madera y piedras con un profundo foso delante.

Se tenía acceso a la ciudad por varias puertas unidas entre sí por calles bordeadas de casas. Los barrios eran distintos unos de otros; por ejemplo, en una calle había exclusivamente chozas sencillas y talleres en los cuales los artesanos ejercían su oficio de fundidores de bronce, herreros, esmaltadores, etc.

Pero existían también casas de mayores dimensiones y más espaciadas entre sí, en las que se entrevé la influencia de la arquitectura mediterránea y que recuerdan las ciudades helénico-romanas. Este barrio debía de estar reservado a la nobleza: allí habitaban los *equites* o caballeros. En las partes altas de la villa y en sus alrededores había mercados cubiertos y otras construcciones destinadas probablemente al comercio.

Según los arqueólogos, es posible que otros grupos de edificios estuvieran destinados a la administración de la villa o de la tribu. Parece tratarse de una especie de foro. La presencia de un peristilo que data de la época romana inclina a pensar que, inicialmente, había allí un santuario celta. Tras el abandono de la ciudad bajo el reinado de Augusto, el santuario y el mercado preservaron las tradiciones de Bibracte, que se han mantenido hasta nuestros días.

Las excavaciones nos han restituido una imagen impresionante, aunque incompleta, del oppidum. Las ruinas descubiertas pertenecen sólo a la última época de la ciudad, es decir al periodo comprendido entre el fin de las campañas de Julio César y la reorganización de las Galias llevada a cabo por el gobierno de Augusto en los primeros años de la era cristiana. ¿Fue aquél un periodo floreciente o brillaron en él los últimos destellos de una civilización que tocaba a su fin?

En cuanto a Avaricum (Bourges), Julio César cuenta que su oppidum estaba rodeado de terrenos pantanosos. Para reforzar esta protección natural, se había erigido un muro construido al modo galo, al que César llama «murus gallicus». Se trata de una serie de estratos formados por vigas horizontales cruzadas, separados por capas de piedras unidas sin mortero, y con una fachada de piedras apoyadas contra un terraplén interior. Este tipo de muro galo se ha encontrado en numerosas localidades de origen céltico, desde la Bretaña armoricana hasta Baviera. Pero en Bourges las fortificaciones romanas y medievales que se edificaron posteriormente hicieron desaparecer toda huella de las construcciones celtas.

La situación se presenta mejor en Alesia, ciudad famosa por la batalla final entre César y Vercingetórix. En ella han aparecido construcciones que datan de la época del cerco romano y el muro galo del oppidum, así como abundantes restos de la ciudad romana ▶

EL FUERTE DEL ACANTILADO

A la izquierda, el colosal fuerte de piedra de Dun Aengus, en la isla de Inishmore (Irlanda), que se levanta al borde de un acantilado de 100 metros de altura cortado a pico. Inexpugnable para cualquier invasión por mar, tres murallas circulares de piedra lo protegían de los ataques por tierra. Para contener a sus enemigos, los celtas de Dun Aengus cubrían de piedras puntiagudas el espacio comprendido entre la muralla defensiva exterior (una parte de la cual aparece en el extremo inferior izquierdo de la foto) y la muralla intermedia. Esos obstáculos aparecen en la fotografía como un tapiz de minúsculos puntos. La espectacular fortaleza de Dun Aengus abarcaba dentro de sus murallas una superficie de cuatro hectáreas, aproximadamente.



Foto © Museo Británico, Londres

UNA PIEZA ENIGMATICA

A la derecha, disco de bronce de los celtas cuyos orígenes y finalidad siguen constituyendo un misterio. En Irlanda se han encontrado objetos similares. Numerosos especialistas han interpretado el dibujo como una representación estilizada y grotesca de un rostro con los ojos saltones y la boca abierta.
Se supone que esta pieza, que se conserva en el Museo Británico, data de los siglos I o II de nuestra era.

de Alesia con sus templos, sus talleres y sus viviendas. La ciudad romana se fue superponiendo sin más a la aglomeración celta anterior, de la que apenas ha quedado nada.

Utilizando una fórmula tan breve como exacta, César describe como sigue la ubicación de Alesia: «La ciudad se halla situada en lo alto de una abrupta montaña a cuyos pies corren por uno y otro lado dos ríos. Situadas a cierta distancia, una serie de colinas rodean la ciudad, a la misma altura que ésta.»

El mundo celta va mucho más allá de las fronteras de la Galia de César. En su expedición a las ciudades británicas, el mismo conquistador romano se encontró con tribus celtas cuyos oppida se asemejaban a los del continente.

Aun así, César observó algunas diferencias. Ciertas localidades, que más tarde se convirtieron en ciudades romanas como Camulodunum (hoy Colchester) y Verulamium (actualmente Saint Albans), no presentan en sus vestigios de construcciones prerromanas los rasgos urbanos que caracterizan a casi todas las construcciones de las Galias.

Al este del Rin hasta Carintia, a lo largo del Danubio hasta Budapest y en Bohemia y Moravia se han descubierto gran número de localidades fortificadas de la última época céltica. Tanto por su situación como por sus dimensiones y por su sistema de murallas defensivas, esas localidades son similares a las que César pudo ver en las Galias.

Desde hace unos quince años es bien conocido el oppidum de Manching, cerca de Ingolstadt, en Baviera. Se trata probablemente de la capital de los celtas vindélicos, abandonada hacia el año 15 antes de nuestra era, cuando las legiones romanas se abrían paso a través de los Alpes durante la campaña que justamente se llama «de los Alpes».

La administración romana eligió como centro administrativo otra localidad: Augusta Vindelicum (hoy Augsburgo). Los romanos ignoraban hasta el nombre del oppidum que hemos descubierto en esta ciudad; y los mismos constructores de un edificio fortificado erigido dentro del oppidum celta lo ignoraban también, hasta el punto de que llamaron a su edificio *Vallatum*, es decir «lugar vallado», aludiendo a los restos de los muros del oppidum.

La situación de Manching es sobremanera típica: su semejanza es grande con Avaricum. El oppidum se hallaba situado al sur del Danubio, cerca de la calzada que seguía el curso del río en medio de una red de pequeños ríos y arroyos protectores. Pero la verdadera protección la ofrecía un muro circular rodeado de un foso exterior. La superficie así circunscrita de 360 hectáreas.

Cuatro puertas daban acceso al oppidum; por dos de ellas pasaba a través de la aglomeración la calzada del Danubio. Otra daba al río, que seguramente se utilizaba ya como vía navegable. Por último, la cuarta daba acceso a un camino que conducía a los cercanos yacimientos de hierro, base de floreciente comercio.

Se observan por lo menos dos y quizás tres periodos de construcción, lo que quiere decir que el oppidum tuvo una historia agitada antes de quedar definitivamente abandonado en el siglo II antes de Cristo. Las puertas que presentan la forma característica de «puertas en zigzag» y que servían de trampa para atrapar a los posibles asaltantes son, como los muros de construcción, típicamente célticas: madera y piedras. La construcción del muro más antiguo es la misma que la del «muro galo» descrito por César.

A juzgar por las excavaciones ya realizadas, la superficie intra muros no se hallaba enteramente cubierta de viviendas; aun quedaba bastante espacio para que, en momentos difíciles, los habitantes de los alrededores pudieran refugiarse en el oppidum, con sus enseres y, sobre todo, su ganado. En los barrios habitados, las calles eran paralelas. Existían fincas relativamente grandes, separadas por empalizadas. Al parecer la ocupación principal de los habitantes era la agricultura. Otros edificios pertenecían a artesanos, herreros, carpinteros, talabarteros, vidrieros, etc. Es posible que esos artesanos formaran corporaciones que se concentraban en determinados barrios o calles.

Hasta ahora no se ha podido descubrir los talleres que producían los objetos de alfarería típicos de Manching; quizá se hallaban extra muros. Los vestigios de un espacio libre en el centro del oppidum indican que tal vez existía allí una especie de foro o, según otros, un lugar de culto.

Si comparamos la organización interior del oppidum de Manching con el de Bibracte, las diferencias saltan a la vista. Pero en ambos casos es manifiesta la voluntad de organizar ordenadamente la superficie cerrada, dividiéndola en barrios perfectamente delimitados.

Esta planificación del espacio debía de ser general en buen número de grandes oppida, tanto en las Galias como en las otras regiones célticas. Prueba de ello son las excavaciones de Hrázany, en Bohemia, y de Staré Hradisko, en Moravia, que han puesto de manifiesto una estructura intra muros semejante a la de Manching.

En la región habitada por los celtas durante los siglos II y I antes de nuestra era, la civilización urbana primitiva muestra una unidad sorprendente. Los contactos establecidos con las civilizaciones contemporáneas suscitaron el desarrollo de la artesanía y del comercio, favorecieron la adopción de nuevas técnicas y elevaron la economía agraria primitiva a una primera fase de economía monetaria con la acuñación de monedas. Transformaciones todas éstas que guardan estrecha relación con las modificaciones introducidas en el hábitat urbano.

¿Existieron contactos con el mediodía de lo que hoy es Francia? ¿O bien hubo una influencia de tribus celtas establecidas en el norte de Italia? La cuestión está aun por dilucidar. Pero nadie duda ya de que, en una u otra forma, la creación de los oppida célticos fue influida por el mundo helenístico y por el romano.

De todos modos, el destino de esos oppida célticos, en la inmensa región donde vivieron los celtas durante el último periodo de su historia, es muy diferente según el lugar y la época. En la Galia romana fueron muchos los oppida abandonados, debido a que su situación geográfica no correspondía ya a las nuevas condiciones de vida. Otros subsistieron durante la época romana y la Edad Media hasta nuestros días. Es el caso, como ya hemos dicho, de París, pero también de Bourges, Besanzón, Amiens, Basilea y otras ciudades actuales.

A menudo el nombre moderno de una ciudad recuerda el de la tribu gala primitiva. Así, de los bitúrigos viene Bourges, de los longones Langres, de los mediomatricios Metz, de los ambianos Amiens, etc.

Por lo que atañe a los oppida de las regiones al este del Rin, han desaparecido todos. No se conoce una sola muestra que haya sobrevivido a la época romana y a la Edad Media. Al parecer, en esas regiones la civilización urbana fue menos vigorosa que en la Galia de César.

Wolfgang Dehn

Los lectores nos escriben

EL MICROBIO EN LA ESCUELA

Ha sido para mí una agradable sorpresa leer el número de julio de 1975 titulado «Al microbio, la ciencia agradecida». Permítanme felicitarles. Es realmente estimulante comprobar cómo los más distinguidos microbiólogos han sido capaces de explicar, con tanta claridad y sencillez, cuestiones tan complicadas, poniendo de ese modo sus conocimientos al alcance del público en general.

Por otra parte, los dibujos de la historieta ilustrada «Don Microbio y su familia numerosa», que agradan a chicos y grandes, permiten una comprensión sumamente clara de los temas expuestos. Los niños la han leído con gran interés, y puedo dar fe de ello ya que me encuentro constantemente rodeado de treinta y cinco alumnos.

I. Gobalou
Condé, Ravine de Cabris
Isla de la Reunión

SUBDESARROLLO Y CRECIMIENTO DEMOGRAFICO

He leído con sumo interés *El Correo* de julio-agosto de 1974, titulado «El hombre o el hambre».

En mi opinión, si los gobiernos de los países subdesarrollados y en vías de desarrollo tomaran medidas encaminadas a mejorar las condiciones socioeconómicas, eliminando el analfabetismo y las atrasadas formas de producción, incorporando a la mujer a las actividades de la sociedad, elevando el nivel cultural, etc., la propia familia planificaría su crecimiento, el número de sus integrantes, su política demográfica.

Por ejemplo, los cubanos consideramos que los problemas del subdesarrollo no se derivan del crecimiento demográfico y, por tal motivo, nosotros, el pueblo estudiante y trabajador, nos esforzamos por producir cambios estructurales que impulsen el desarrollo para salir del atraso en que hemos vivido por más de cien años. Cuba no aplica ni propaga política demográfica con tesis antinatalistas. Al contrario, desde el arribo del proletariado al poder, una de las primeras medidas fue reducir el índice de mortalidad mejorando las condiciones de vida.

Y cuando hablo de tomar medidas en los países subdesarrollados y en vías de desarrollo, hago referencia al hermano continente africano. Aplaudo en tal sentido el artículo de la profesora Maaze Bekele, a la cual felicito calurosamente por sus planteamientos tan claros y justos.

Profesor Daniel S. Santana
La Habana, Cuba

LAS IDEAS DE LAS CASAS, HOY

He leído los dos artículos sobre Bartolomé de las Casas (*El Correo de la Unesco* de junio de 1975) con sumo interés, ya que gran parte de lo que el gran dominico español sostuvo y trató de hacer es aplicable a nuestra época, particularmente en lo concerniente a la libertad y al derecho a la dignidad humana, y no sólo en América Latina.

Con la difusión de los medios modernos de comunicación y de transporte se ha elevado rápidamente el nivel de conciencia incluso en las regiones más remotas y pobres. La segunda etapa consistiría en el análisis de las necesidades y aspiraciones reales de los pueblos, seguido de una acción eficaz para satisfacerlas. Pero pueden no existir los medios necesarios para ello o no existir aparentemente. Y es posible que algunas autoridades se nieguen a aceptar esta mayor participación de las masas, considerándola como una amenaza para su propia posición.

De ahí que resulte alentador el hecho de que las propias Naciones Unidas, como organización plurigubernamental, hayan venido sosteniendo enérgicamente las ventajas de la planificación social, es decir de un sistema que tenga en cuenta las necesidades reales de los pueblos y haga uso debido de los recursos disponibles. Estos conceptos están admirablemente expuestos en el «enfoque unificado» del Instituto de Investigaciones sobre el Desarrollo, de las Naciones Unidas.

Las declaraciones de la Unesco, así como las de la Organización Mundial de la Salud, se basan en una documentación veraz en lo que respecta a la importancia del personal médico, de su formación y de los servicios de higiene rural. Lo mismo puede decirse de los estudios realizados por la Organización Internacional del Trabajo con miras al Año Mundial del Empleo en 1976.

Pero esas declaraciones, por sí solas, nada pueden lograr. Es preciso que el gobierno de cada país, respaldado o presionado —según el caso— por su pueblo, adopte todas las medidas necesarias para alcanzar mejores niveles de vida, por no hablar de los ideales de Las Casas.

J. Alderson
Londres

AFICIONADOS A LA CIENCIA EN EL MUNDO ENTERO

Prácticamente en todos los países existen aficionados a la ciencia, ya se trate de individuos o de grupos, que estudian el mundo en que vivimos simplemente por el placer que ello les proporciona. Algunos estudian los insectos, las plantas, las aves y los animales. Otros exploran la historia geológica de su propio medio ambiente. Hay también astrónomos aficionados, como nosotros, a quienes nos place observar el firmamento.

Creo que *El Correo* podría publicar un número muy interesante utilizando los trabajos de las personas y grupos que estudian la naturaleza por pura afición y que, pese a este carácter gratuito, han hecho contribuciones importantes al desarrollo del conocimiento científico.

Pienso, por ejemplo, en ese joven japonés que, gracias a un telescopio instalado en el techo de su casa, descubrió hace algunos años un cometa. O en el inglés Patrick Moore, que realiza un programa regular de televisión titulado «El firmamento por la noche». O en la recién fundada Federación de Sociedades Astronómicas del Reino Unido, y en los centenares de personas que, con los auspicios de la British Meteor Society, contribuyen regularmente a llevar la cuenta de los meteoros. Aquí los aficionados están observando también los aerolitos mediante aparatos fotográficos provistos de un objetivo gran angular, aunque este trabajo lo realizan ya profesionales de la República Federal de Alemania y de los Estados Unidos.

Y esto solamente en lo que respecta a la astronomía. Imaginen ustedes todo lo que se está haciendo en el campo de otras ciencias, como la geología, la biología, la ecología, la botánica, la entomología, etc.

Cyril D. Blount
Secretario de la Sociedad Astronómica de Norwich, Reino Unido

CUANDO LOS IRLANDESES COMENZARON A COMER ALGAS

En la portada de atrás de *El Correo* de mayo de 1975 se publica, con el título de «Algas en la sopa», la fotografía de una muchacha japonesa que se dispone a comer un bocado de «wakame».

A diferencia de los japoneses —que consideran que las algas constituyen un alimento exquisito— los irlandeses se vieron obligados a consumirlas cuando ya casi no les quedaba otra cosa que comer durante el hambre terrible que azotó a Irlanda en el siglo pasado y la grave miseria que sobrevino después.

Este plato «exquisito» se consume todavía en la costa sudoccidental de Irlanda. Está por demás decir que ya no constituye un producto básico de la alimentación, puesto que la mayor parte de las algas que se recogen va a parar a las fábricas de yodo.

J.-P.
París

LOS GITANOS O ABEL FRENTE A CAIN

Estoy en profundo desacuerdo con algunas de las opiniones que, acerca de los gitanos, se expresan en *El Correo de la Unesco* de noviembre de 1974. Para mí es muy de admirar que ese pueblo haya logrado preservar su identidad cultural, su nomadismo y su independencia a lo largo de veinte siglos de contacto con el sedentarismo occidental. A mi juicio, los gitanos son el símbolo de la libertad y de Abel frente al Caín que somos nosotros. ¿Por qué esa obstinación en querer matar a Abel obligándole a llevar una vida sedentaria y alfabetizándole?

Admito que el hecho de no saber leer constituye una rémora. Pero, en fin de cuentas, los gitanos se las arreglan bastante bien para vivir sin necesidad de ello, realizando al mismo tiempo la proeza de preservar sus tradiciones en un mundo que les es fundamentalmente extraño y más o menos hostil.

Está bien que se les ayude para que aprendan la lectura y la aritmética, pero no más. Y, sobre todo, que no se les convierta en sedentarios. Sepamos respetar y preservar una libertad, una cultura y unas tradiciones que, por ajenas y a menudo inaccesibles que puedan parecernos, no dejan de formar parte del patrimonio de la humanidad.

Dr. Rémi Durand
Compiègne, Francia

LATITUDES Y LONGITUDES

LIBROS RECIBIDOS

■ **Macanaz, otro paciente de la Inquisición**
por Carmen Martin Gaite
Taurus Ediciones, Madrid, 1975

■ **El modernismo**
Col. El escritor y la crítica
Edición de Lily Litvak
Taurus Ediciones, Madrid, 1975

■ **El teatro de los niños**
por Giuseppe Bertolucci
Fontanella, Barcelona, 1975

■ **Economía política de la Unidad Popular (Chile)**
Dos volúmenes
Presentación de M. A. Garretón
Fontanella, Barcelona, 1975

■ **Educación sexual del deficiente mental. Guía para padres, maestros y profesionales**
por H. L. Fischer y otros
Fontanella, Barcelona, 1975

■ **Dentro de los cuatro mares. Diálogo entre Oriente y Occidente**
por Joseph Needham
Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1975

■ **El manifiesto de la educación**
por Gérard Mendel y Christian Vogt
Siglo XXI de España, Madrid, 1975

■ **El animismo y el pensamiento infantil**
por Juan A. Delval
Siglo XXI de España, Madrid, 1975

■ **Marx, Engels y la Revolución de 1848**
por Fernando Claudín
Siglo XXI de España, Madrid, 1975

■ **La escritura en libertad**
Antología de poesía experimental
Selección, prólogo y notas de Fernando Millán y Jesús García Sánchez
Alianza Editorial, Madrid, 1975

■ **Intangibles S.A.**
por Brian W. Aldiss
Alianza Editorial, Madrid, 1975

■ **Los orígenes del psicoanálisis**
por Sigmund Freud
Alianza Editorial, Madrid, 1975

■ **Diez siglos de poesía castellana**
Selección e introducción de Vicente Gaos
Alianza Editorial, Madrid, 1975

■ **Escritos críticos**
por James Joyce
Alianza Editorial, Madrid, 1975

■ **Los anarquistas. I. La teoría**
Selección y prólogo de I. L. Horowitz
Alianza Editorial, Madrid, 1975

■ **Breve historia de la química**
por Isaac Asimov
Alianza Editorial, Madrid, 1975

■ **Los orígenes de la vida**
por L. E. Orgel
Alianza Editorial, Madrid, 1975

■ **Razón de ser**
por Juan Larrea
Ediciones Júcar, Madrid, 1975

■ **La novela en España**
por Manuel Gómez-Moreno
Ediciones Júcar, Madrid, 1975

■ **Heterodoxos y prerrománticos**
por José Luis Cano
Ediciones Júcar, Madrid, 1975

■ **Don Felipe**
por Jean Thiercelin
Prólogo de Julio Cortázar
Ediciones Júcar, Madrid, 1975

Trigésimo aniversario de las Naciones Unidas

Con ocasión del 30º aniversario de las Naciones Unidas, el señor Amadou-Mahtar M'Bow, Director General de la Unesco, ha dirigido al señor Kurt Waldheim, Secretario General, el siguiente mensaje:

« Nacidas del deseo de "preservar a las generaciones futuras del azote de la guerra que, dos veces en el lapso de una vida humana, ha causado indecibles sufrimientos', las Naciones Unidas continúan basando desde hace tres decenios su fuerza en una inquebrantable fe en el hombre... Hace treinta años estábamos aun en los comienzos del poderoso movimiento de independización de los pueblos colonizados. Nadie podia imaginar tampoco que la larga marcha de la humanidad hacia la dignidad y la justicia llevaría a las naciones a poner en entredicho, como lo están haciendo actualmente, las relaciones tradicionales entre Estados en las esferas económica, social y cultural... Hoy sabemos que, para ayudar a los pueblos menesterosos a forjar por sí mismos los intrumentos de su propio desarrollo y para establecer relaciones auténticamente equitativas entre naciones soberanas, la comunidad internacional ha de buscar ni más ni menos que un nuevo equilibrio global de los recursos y del potencial intelectual y material de la humanidad. En un momento en que el sistema de las Naciones Unidas, deseoso de responder a las expectativas del mundo, está considerando la adopción de medidas innovadoras para incrementar su eficacia y su cohesión, la Unesco se esforzará cada vez más en aportar a la Organización madre una ayuda firme, inspirada únicamente en el deseo de contribuir del mejor modo posible a la común labor».

Un mundo para todos

La magnifica colección de fotografías de la « Photokina » de Colonia, reunida bajo el título de « Un mundo para todos », se expone al público en la Casa de la Unesco, de París, del 12 al 19 de este mes de diciembre.

Organizada en colaboración con la Comisión de la República Federal de Alemania para la Unesco, la exposición comprende un centenar de fotografías en blanco y negro, seleccionadas entre más de 10.000 provenientes de todos los países.

« Un mundo para todos » tuvo un éxito resonante cuando se expuso por primera vez en Colonia en 1974.

Ayuda para salvar a Mohenjo Daro

La República Federal de Alemania acaba de hacer un donativo de 375.000 dólares con destino a la campaña de la Unesco para salvar a Mohenjo Daro, la antiquísima ciudad (unos 5.000 años de antigüedad) que fue el centro principal de la civilización del valle del Indo, en Paquistán. Los importantes vestigios arqueológicos de Mohenjo Daro se ven amenazados de destrucción total debido a la corrosión provocada por las sales y a las inundaciones del río Indo. Paquistán y la Unesco están realizando una serie de trabajos preparatorios con vistas a la preservación del lugar. El objetivo de la Organización es reunir la suma de 15 millones de dólares.

Redescubrimiento de Cartago

Una nueva película de televisión de la Unesco, « Cartago redescubierto », muestra como la campaña arqueológica internacional realizada con los auspicios de la Organización está sacando a la luz del dia la antigua ciudad de Cartago, hoy enterrada en el subsuelo de un suburbio residencial de Túnez. El filme, en color y 16 mm, ha sido producido con la colaboración del Instituto Nacional Tunecino de Arqueología y Arte y existe en versión inglesa, francesa, rusa y árabe.



Las Naciones Unidas y la paz

La Administración Postal de las Naciones Unidas emitió el 21 de noviembre pasado un sello de correos conmemorativo de las operaciones de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz. El sello, cuyo dibujo representa una rosa silvestre que brota de un tallo formado por alambres de púas, rinde homenaje a los esfuerzos que en numerosas ocasiones ha desplegado la Organización mundial para que cesaran ciertos conflictos armados o para que se encontrara una solución a las controversias políticas entre los Estados, mediante el envío de observadores militares o de fuerzas de mantenimiento de la paz a diversas regiones del mundo.

En comprimidos...

■ *La malnutrición sigue constituyendo la causa principal de la mortalidad infantil en los países pobres del mundo, donde del 25 al 30 % de los niños mueren antes de los cuatro años de edad.*

■ *En los Estados Unidos se está cultivando una bacteria especial que asimila cualquier tipo de aceite y gracias a la cual podrán eliminarse las manchas de petróleo que flotan sobre las aguas.*

■ *Nigeria cuenta con 87 clubes juveniles de la Unesco y Bangladesh tiene más de 40 que van a formar una federación nacional.*

■ *Según « World Communications » —un estudio de la Unesco sobre los medios modernos de comunicación en 200 países— diecisiete países asiáticos producen actualmente más de la mitad de las películas de largo metraje del mundo entero, cuyo total es de 4.000 aproximadamente.*

Imp. GEORGES LANG, PARIS. — Dépôt légal C 1 — Décembre 1975 — IMPRIMÉ EN FRANCE (*Printed in France*)

INDICE DE «EL CORREO DE LA UNESCO» DE 1975

Enero

LOS ESQUIMALES. Un pueblo que no quiere desaparecer (Debate sobre los derechos humanos en el Artico). De los hielos polares a la gran ciudad (A. Stevenson). Una cultura que no debe morir (J. Malaurie). «Yo nací hace mil años» (D. George). Gentes de Payne Bay. En la tundra soviética (V.I. Vasiliev). A propósito de Israel (A.M. M'Bow). Tesoros del arte mundial: La reina Nefertiti (Egipto).

Febrero

DE MINERALES Y CASAS, DE HOMBRES Y PALABRAS. Arquitectura sin arquitectos (W. Totchtermann). Amadou Mahtar M'Bow (P. Kalfon). Suplemento especial sobre la Unesco: 1. ¿Una era de solidaridad o una era de barbarie? 2. Nuevo llamamiento a la tolerancia y a la comprensión (A.M. M'Bow). Los ocultos recursos minerales de nuestro planeta (K.I. Lukashev). El museo de Niamey, espejo de todo un país (P. Toucet). Sobre la traducción (O. Paz). Tesoros del arte mundial: La dama de Cnosos (Grecia).

Marzo

AÑO INTERNACIONAL DE LA MUJER. La mujer en el mundo (H.L. Sipila). Hacia la emancipación de la mujer. A trabajo igual, salario igual. Estudian pero aun son pocas. Las mujeres y el analfabetismo. Las mujeres y la escolarización. Las mujeres en la Universidad. «Para nosotras, africanas, la igualdad no basta» (T. Awori). Impresiones de una joven birmana (J.M. Than). El machismo en América Latina (H. San Martín). Tesoros del arte mundial: Imagen de la liberación (Egipto).

Abril

EL SAHEL. Un drama africano: los condenados del desierto (H. Brabyn). Sequía y éxodo: 1. Un pueblo privado de su medio secular; 2. El tuareg y su rebaño en lucha a muerte contra la sequía; 3. Los nómadas, una población al margen de la economía moderna; 4. Llegaron veinte mil, pero ¿cuántos emprendieron el camino? 5. ¿Un éxodo sin esperanza de retorno? (J. Bugnicourt y un equipo de 19 colaboradores). Tesoros del arte mundial: La diosa del agua (México)

Mayo

¡HAMBRE! Para que reine la justicia en materia de alimentos (M. Ganzin). El hambre en el mundo ¿tiene solución la crisis? (S.A. Marei). Hombres de cinco continentes hablan. ¿Crisis o escándalo? (R. Dumont). Los campesinos pintores de Bali (páginas en color). Las terribles secuelas de la malnutrición (C. Gopalan). En el noreste del Brasil una experiencia prometedora de lucha contra el hambre (N. Chaves). Salvar a los niños del mundo (W. Tracy). Tesoros del arte mundial: La mujer reencarnada (Zaire).

Junio

BARTOLOME DE LAS CASAS Y LOS DERECHOS DEL INDIO. La larga e infatigable lucha del «apóstol de los indios» (A. Losada). Libertad y derecho de ser hombre, pilares del pensamiento lascasiano (J.A. Maravall). Arte y vida cotidiana en Oceanía (R.S. Duff). La expresión gráfica moderna en Nueva Guinea. La enseñanza superior: hacer que la vida entre en la universidad (D Najman). Una orquesta de la Edad de Piedra (S.N. Bibikov). Tesoros del arte universal: La reina de las manos juntas (Irán).

Julio

AL MICROBIO, LA CIENCIA AGRADECIDA. El nuevo mundo de la microbiología (E.L. Wollman). Don Microbio y su familia numerosa (Historieta ilustrada de J.M. Clément y S. Assia). Los microbios, arma eficaz contra las enfermedades microbianas (O.V. Baroyan). Los laboriosos microbios (K. Arima). En la base misma de la naturaleza un ejemplo de coexistencia pacífica (J.R. Porter). Nuestros antepasados los microbios (J.W.M. La Rivière). Invisibles basureros y metalúrgicos (A. Sasson). La Unesco contribuye al desarrollo mundial de la microbiología aplicada (E.J. DaSilva y F. Fernandes). Carta a un microbiólogo en cierne (C.G. Héden). Tesoros del arte mundial: Bailarina en danza ritual (República de Corea).

Agosto-septiembre

HACIA LA LIBERACION DE LA MUJER. Cinco campesinas africanas hablan (C. Fonseca). Cuando la japonesa enarbola la cuchara de la rebeldía (M. Inukai). Cruzada de las japonesas contra la contaminación (M. Yayori). Cuba: la otra revolución (J.E. Adoum). La imagen de la mujer en el Islam actual (A. Djebar). Del abolicionismo al Women's Lib (I. Kapp). Una empresa condenada a pagar 65 millones de dólares por discriminar a sus empleadas (L. Payer). Las pintoras aldeanas de Mithila (páginas en color). Una encuesta de la Unesco sobre la condición femenina en cinco países (A. Brock). Lo que espera a las niñas: un destino de subdesarrolladas (E.G. Belotti). Los libros escolares perpetúan clichés y prejuicios antifeministas (R. Miot). El ama de casa, esa sierva olvidada (K.O. Haarr). El «amo de casa», ese desconocido (E.R. Braaten). ¿Masculino, femenino o neutro? (A.I. Belkin). La situación de la mujer en doce países socialistas. Las Organizaciones femeninas No Gubernamentales (J.H. Chaton). La Primera Conferencia Mundial de la Mujer (M.P. Herzog). Tesoros del arte mundial: Aban, la dama de las espigas (Rep. Dem. del Yemen).

Octubre

«STRESS». La enfermedad de la civilización (I. Jorol). La música y el éxtasis (A. Danielou). La agonía de las selvas tropicales (P.W. Richards). Bulgaria forja un porvenir para su pasado (M. Stancheva). Tesoros del arte mundial: Dama de alto linaje (Japón).

Noviembre

30 AÑOS DESPUES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL. (Reunión conmemorativa del Consejo Ejecutivo de la Unesco). Las Naciones Unidas cumplen 30 años (K. Herndl). La pesadilla nuclear: 1. ¿Un suicidio colectivo so capa de seguridad? 2. A 50.000 Hiroshimas equivale la potencia destructiva de las llamadas armas nucleares «tácticas»; 3. Pese a los esfuerzos desplegados hasta ahora, casi todo está aun por hacer si se quiere poner coto a la pavorosa carrera armamentista; 4. Un solo submarino puede destruir todo un país. 5. Por trágica paradoja, el átomo pacífico abre el camino a la proliferación de las armas nucleares (SIPRI). Desde el otro lado de la tumba dos japoneses testimonian (Cartas de Hiroshima y Nagasaki). Tesoros del arte mundial: Mujer leyendo (Países Bajos).

Diciembre

LOS CELTAS (P.M. Duval). Redescubrimiento de los celtas (A. Ross). La mujer entre los celtas (J. Markale). El arte céltico (páginas en color). Los celtas y la creación artística (R. Joffroy). Las ciudades fortificadas (W. Dehn). Los celtas en la Europa oriental Tesoros del arte mundial: Bailarina etrusca (Italia).

Para renovar su suscripción

y pedir otras publicaciones de la Unesco

Pueden pedirse las publicaciones de la Unesco en todas las librerías o directamente al agente general de ésta Los nombres de los agentes que no figuren en esta lista se comunicarán al que los pida por escrito. Los pagos pueden efectuarse en la moneda de cada país.

★

ANTILLAS HOLANDESAS. C G T Van Dorp & C° (Ned Ant) N V. Willemstad, Curaçao — **ARGENTINA.** Editorial Losada, S A , Alsina 1131, Buenos Aires — **REP. FED. DE ALEMANIA.** Todas las publicaciones Verlag Dokumentation, Possenbacher Strasse 2, 8000 Munchen 71 (Prinz Ludwigshohe). Para « UNESCO KURIER » (edición alemana) únicamente Vertrieb Bahrenfelder Chaussee 160, Hamburg-Bahrenfeld, C C.P. 276650. — **BOLIVIA.** Los Amigos del Libro, Casilla postal 4415, La Paz; Casilla postal 450, Cochabamba. — **BRASIL.** Fundaçao Getúlio Vargas, Serviço de Publicaçoes, caixa postal 21120, Praia de Botafogo 188, Rio de Janeiro, GB — **COLOMBIA.** Librería Buchholz Galería, avenida Jimenez de Quesada 8-40, apartado aéreo 49-56, Bogotá, Distrilibros Ltda , Pio Alfonso Garcá. carrera 4a, Nos 36-119 y 36-125, Cartagena. J. Germán Rodríguez N., calle 17, Nos. 6-59, apartado nacional 83, Girardot, Cundinamarca, Editorial Losada, calle 18 A Nos 7-37, apartado aereo 5829, apartado nacional 931, Bogotá, y sucursales Edificio La Ceiba, Oficina 804, Medellín; calle 37 Nos 14-73, oficina 305, Bucaramanga; Edificio Zaccour, oficina 736, Cali. — **COSTA RICA.** Librería Trejos S.A , Apartado 1313, San José — **CUBA.** Instituto Cubano del Libro, Centro de Importación, Obispo 461, La Habana. — **CHILE.** Editorial Universitaria S A., casilla 10 220, Santiago. — **REPUBLICA DOMINICANA.** Librería Dominicana, calle Mercedes 45-47-49, apartado de correos 656, Santo Domingo — **ECUADOR.** Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, Pedro Moncayo y 9 de Octubre, casilla de correo 3542, Guayaquil — **EL SALVADOR.** Librería Cultural Salvadoreña, S A , Calle Delgado No 117, San Salvador. — **ESPAÑA.** Ediciones Iberoamericanas, S A., calle de Oñate 15, Madrid 20, Distribución de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Vitrubio 16, Madrid 6; Librería del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Egipciacas 15, Barcelona; Ediciones Liber, apartado 17, Ondárroa (Vizcaya). — **ESTADOS UNIDOS DE AMERICA.** Unipub, a Xerox Education Company, P O Box 433, Murray Hill Station, Nueva York N Y 10016. — **FILIPINAS.** The Modern Book Co , 926 Rizal Avenue, P O Box 632, Manila D-404 — **FRANCIA.** Librairie de l'Unesco, 7-9, place de Fontenoy, 75700 París (C C P. París 12 598-48) — **GUATEMALA.** Comisión Nacional de la Unesco, 6a calle 9 27, Zona 1, apartado postal 244, Guatemala — **JAMAICA.** Sangster's Book Stores Ltd., P.O Box 366, 101, Water Lane, Kingston — **MARRUECOS.** Librairie « Aux Belles Images », 281, avenue Mohammed-V, Rabat. « El Correo de la Unesco » para el personal docente· Comisión Marroquí para la Unesco, 20, Zenkat Mourabitine, Rabat (C C P. 324-45). — **MEXICO.** CILA (Centro Interamericano de Libros Academicos), Sullivan 31-bis, México 4 D F. — **MOZAMBIQUE.** Salema & Carvalho Ltda , caixa postal 192, Beira — **PERU.** Editorial Losada Peruana, apartado 472, Lima — **PORTUGAL.** Dias & Andrade Ltda., Livraria Portugal, rua do Carmo 70, Lisboa. — **REINO UNIDO.** H M Stationary Office, P O Box 569, Londres S.E. 1. — **URUGUAY.** Editorial Losada Uruguaya S.A. Librería Losada, Maldonado 1092, Montevideo. — **VENEZUELA.** Librería del Este, Av. Francisco de Miranda, 52-Edificio Galipán, apartado 60337, Caracas.



ARTE CELTICO

Esta cabeza de ave de presa, que adorna un asa de bronce, es obra de un artista del periodo de La Tène, civilización céltica que floreció en Europa durante los cuatro últimos siglos antes de nuestra era. Este admirable ejemplo del arte céltico, descubierto en Checoslovaquia, se conserva en el Museo Moravo de Brno, en dicho país. Los celtas destacaron sobre todo en el trabajo de los metales —oro, bronce, plata—, creando con ellos las formas más originales y refinadas de su arte, tan diferente de las otras artes de la Antigüedad (véase el artículo de la página 32).

Foto © Erich Lessing - Magnum, Paris